

SOLIDARIDAD

Suplemento (trimestral)

OUVRIERE

Paris, Marzo de 1956

★ Supplément mensuel de SOLIDARITE OUVRIERE, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ★

Precio, 50 fr. - N° 571-27

Los concejos comuneros de CASTILLA y ARAGON



COSTA, que con tan hondo patriotismo enfocó su poderosa mirada en nuestro pasado medieval, en su famoso libro sobre el Colectivismo agrario en España, dice que las comunidades de Castilla y Aragón son materia digna de estudio que aún sigue por estudiar. Pero no sólo se trata de un tema importante por estudiar, hay algo peor: se mencionan mucho las comunidades de Castilla sin que, en la mayoría de los casos, la gente pase de

citarlas repetidamente, de manera confusa, con desconocimiento de su naturaleza, y como ocurre con frecuencia cuando se habla de Castilla, confundiéndolas con otras cosas que nada, o poco, tienen que ver con ella.

Y este desconocimiento suele estar muy extendido incluso entre quienes cultivan la historia. Otro aragonés, Vicente de la Fuente — no confundirlo con Modesto Lafuente —, uno de los pocos historiadores que se han ocupado de las viejas comunidades castellanas y aragonesas — hijos todos ellos de tierra co-

munera —, eligió como tema para su discurso de ingreso en la Academia de la Historia el de las comunidades aragonesas de Calatayud, Daroca, Teruel y Albarracín, « con harta extrañeza de los eruditos » — dice textualmente —, pues la mayoría de ellos no sabían que hubieran existido comunidades sino en

Castilla y en tiempos de Carlos V, lo que era sencillamente ignorar por completo las viejas comunidades castellanas y aragonesas. Se habla mucho, en efecto de las comunidades de Castilla a propósito del alzamiento llamado generalmente de los comuneros — que otros dicen de los populares — contra el empe-

también en algunas partes de Navarra. ¿Qué eran estas comunidades o universidades, dónde existieron, y cómo y cuándo surgen en nuestra historia?

Muy difícil es responder a estas preguntas en el cortísimo espacio de que ahora disponemos. Pero vamos a intentarlo, teniendo en cuenta que, como ocu-

por

Anselmo Carrero y Jiménez

rador de la casa de Austria y su séquito de flamencos, lo que no hace más que aumentar la confusión, porque aquel movimiento no fué exclusivo de Castilla ni de sus comunidades, ya que se extendió por el País vasco, y también por tierras de León, Andalucía y Murcia que no conocieron la institución de las Comunidades de Ciudad y Tierra, fundamental en cambio en el país comunero del Bajo Aragón y arraigada

re siempre que se trata de sintetizar fenómenos sociales complejos, lo que lo-gremos en brevedad será en gran parte a costa de la exactitud; porque — y aquí está el motivo de que os hable de ellas en esta ocasión — las comunidades de Castilla y Aragón, con sus concejos municipales y comuneros, son anteriores a las Cortes y, por lo tanto, el antecedente histórico más genuino del sistema democrático en nuestra patria.

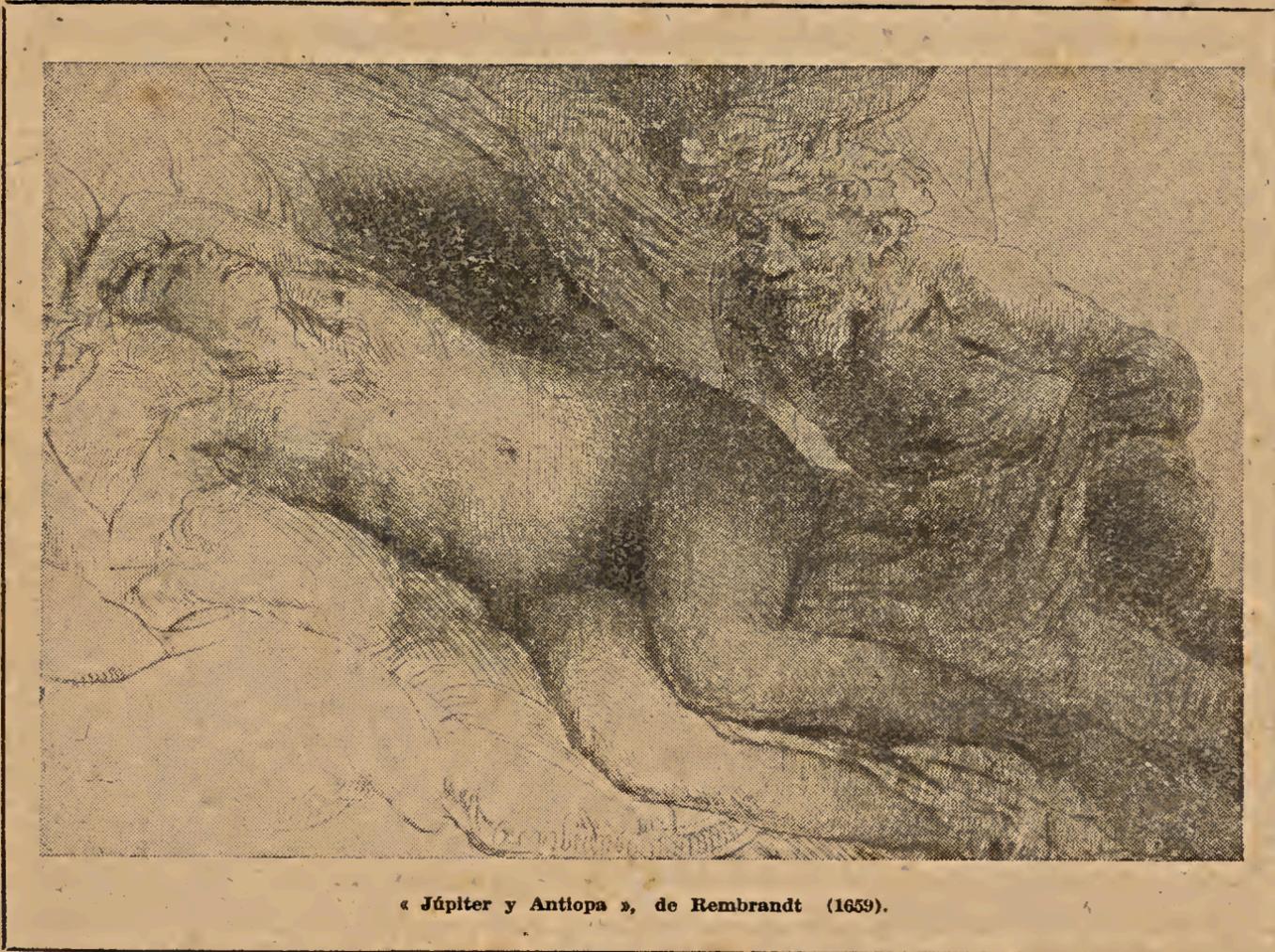
Esencialmente, las comunidades castellanas y aragonesas son análogas a las primitivas repúblicas vascoas — éstas sí estudiadas por varios autores — y semejantes también a la universidad navarra del Valle del Baztán. Su territorio son las serranías centrales de Castilla y del Bajo Aragón, solar de las antiguas tribus o naciones de la Celtiberia. Se ignora su origen y fecha de nacimiento, y en Castilla las encontramos vigorosas, ampliamente extendidas por el territorio del Estado castellano desde la aparición de éste, hace ya más de mil años, como un condado vascoastellano independiente del reino neogótico de León. Pero para describir el escenario histórico en que en nuestro pasado conocido surgen estas interesantísimas instituciones autóctonas echemos antes un rápido vistazo al panorama de España en los primeros tiempos de la Reconquista.

En el Noroeste, antiguos nobles godos huidos ante el increíblemente rápido avance de los musulmanes — la mayoría bereberes del otro lado del Estrecho — se refugian en las montañas de Asturias, donde fundan un pequeño reino con el propósito de recobrar el Imperio visigodo de Toledo, de cuyos reyes se proclaman sucesores. Crece este pequeño Estado que pronto abarca, además de Asturias, Galicia y el norte de Portugal y de León, y traslada su ca-

● Pasa a la cuarta página ●

En este número

Chopin en Mallorca, por Baltasar Samper; Longevidad de Goethe, por Alfonso Reyes; El misterio de la radiación atómica, por Octavio Alberola; La botella de aceite, por Puyol; Las ciencias naturales y la influencia de América, por Enrique Rioja; Un cirio por mi ánima en cada rascacielos, por Alfonso Vidal y Planas; Lecordaire, Mérimée, Dumas, Edgard Quinet, Ste-Beuve, Nerval y Gautier, vistos por Unamuno, por J. Chicharro de León; La leyenda de los sumeroacadios y las dos Iberias, por Fabián Moro; etc...



« Júpiter y Antiope », de Rembrandt (1659).

LOS ESTUDIANTES...

ESPECULACION OFICIAL

UNA vez más, la propaganda franquista ha salido en socorro de la comunista al pretender que los sucesos estudiantiles eran provocados por el partido de Moscú. Los periódicos todos, y especialmente el órgano central de Falange, han publicado un artículo atribuido al portavoz pasionario, artículo sin substancia y en el cual, no obstante, los hombres de Franco suponen descubrir — ¡ cuán fácil ! — el origen de la agitación estudiantil. Así, hasta el propio consejo de ministros, en la nota publicada sobre dichas manifestaciones, alude, como va es costumbre, a la maquinación soviética; modo, claro está, de confundir a la opinión. Para poner las cosas en su punto, podría contestarse a los voceros franquistas que el moscutismo, lejos de dirigir la huelga estudiantil, lo único que ha hecho es aprovechar las referencias oficiales para darse tono y cotizar — como en el caso de las huelgas obreras de Barcelona — una influencia de que carece. Y respetando la verdad con relación a la tan socorrida enemiga soviética, podían haber recordado en esta oportunidad las relaciones comerciales que sostienen Madrid y Moscú, así como el apoyo que los representantes rusos prestaron a Franco para introducirle en la ONU.

Aparte de esa interesada desviación publicitaria, el consejo de ministros acordó la suspensión por tres meses de los artículos 14 y 18 del llamado « Fuero de los Españoles », que se refieren al derecho que todo español tiene de fijar libremente su residencia en cualquier punto del territorio español, y a la garantía de que ningún español puede ser detenido gubernativamente por más de 72 horas, pasadas las cuales ha de ser puesto en libertad o entregado a la autoridad judicial.

Reseñemos que ni estos dos artículos ni los demás del « Fuero de los Españoles » han estado jamás en vigor, pues las detenciones gubernativas y los destierros se han practicado y mantenido siempre que así les ha dado la gana a las autoridades franquistas. Pero esta vez las víctimas eran gentes de especial significación en el régimen, bien por sí o por su familia, y por eso el gobierno ha querido proceder « legalmente ».

En efecto, además de las cincuenta detenciones practicadas los días de los disturbios, han sido detenidos y desterrados a más de 300 kilómetros de la capital los siete individuos siguientes, que pertenecen al sector de falangistas disidentes o « contaminados de liberalismo » y de los que varios no son estudiantes :

● El poeta Dionisio Ridruejo, veterano falangista y voluntario de la División Azul que fué a luchar en el frente ruso. Es hermano del acaudalado banquero Epifanio Ridruejo, y estos últimos tiempos se manifestaba en privado contra el régimen.

● Miguel Sánchez-Mazas Ferlosio, de reputada formación científica, colaborador de « ABC » y de la revista « Teoría ». Es hermano del escritor cuya novela, « El Jarama », ha sido recientemente recompensada con las 75.000 pesetas del premio Nadal. Su padre es el también escritor Rafael Sánchez Mazas, de la Academia de la Lengua, autor de la « Oración de los Caídos » y exministro representante de la Falange, de la que es uno de los primeros afiliados.

● El abogado José María Ruiz Gallardo, colaborador del bufete que tiene el exministro y exsecretario general de la Falange, señor Serrano Suñer, cuñado de Franco. Es hijo del finado médico y periodista Ruiz Albéniz (« El Tebib Arrumi »), que estuvo al servicio de Juan March, dirigió su diario « Informaciones » y fué cronista oficial de la guerra civil en el cuartel general de Franco.

● Javier Pradera Gortazar, nieto del diputado tradicionalista don Víctor Pradera Larumbe (que fué electado por los « rojos »), hijo del también asesinado don Javier Pradera Ortega y sobrino de don Juan José Pradera Ortega, que, después de haber sido tradicionalista

ta y director de « La Voz de España » y « Ya », hoy es vicesecretario de Secciones de la Falange y uno de sus personajes más importantes.

● Ramón Tamames Gómez, hijo del cirujano del mismo apellido.

● Enrique Múgica Hergoz, a quien se acusa de haber tenido relaciones con una célula comunista, pero sin que se diga quiénes constituyen esta supuesta célula, ni por qué no se les ha detenido.

● Gabriel Elorriaga Fernández, recientemente recompensado con un premio literario, está acusado de lo mismo que el anterior.

A Ruiz Gallardo, Sánchez Mazas y Ramón Tamames se les acusa de haber redactado y difundido, de manera anónima, por correo, un escrito en el que se reclamaba la celebración de un Congreso nacional de estudiantes para el próximo abril, y en el cual se trataría la manera de introducir en la Universidad una reforma radical de los métodos de enseñanza.

En dicho escrito, que precedió en unos días a los últimos sucesos, se criticaba la estructura actual de la Universidad, que descansa casi por completo sobre el S.E.U., o sea sobre la Falange, y se denunciaban las condiciones de « miseria material y de mediocridad intelectual » en que se desenvuelve la vida del estudiante.

EL S. E. U. EN LA PICOTA

Los incidentes de la Universidad Central, que comenzaron el día 7, se repitieron el miércoles 8 en el curso de cinco manifestaciones y contramanifestaciones que dieron lugar a cinco heridos y numerosos contusionados, a la intervención de la Policía Armada y a la suspensión de las clases.

Aunque se dieron gritos de « ¡ No queremos rey ! », la causa inmediata de los incidentes era de apariencia mas bien sindical, política en el fondo, y confirman la hostilidad de la mayoría de los estudiantes contra el Sindicato Español Universitario (S.E.U.), que es la organización falangista en la que todos están obligados a afiliarse.

Días antes, en unas elecciones celebradas en la Facultad de Derecho para constituir la nueva directiva, fueron derrotados los candidatos presentados por el S.E.U., a pesar de lo cual este Sindicato trató de imponerlos el martes al reunirse la nueva directiva. Este fué el origen de la primera manifestación pública.

Consecuencia de ello fue que el miércoles, los estudiantes que acudieron a la Facultad se encontraron con grupos del S.E.U. que, armados de palos y chuzos, les impidieron el acceso a las clases. Parece que en estos grupos figu-

El problema de España, que es el drama de un noble pueblo ahorrado y abandonado a su suerte, ha ocupado durante las últimas semanas un lugar destacado en la actualidad internacional. Reciente el ingreso de los representantes de la dictadura en el organismo irónicamente ideado por los políticos democráticos que dirigieron la lucha armada contra el eje nazifascista, una de las partes sanas de España — los estudiantes — ha expresado en forma enérgica no sólo su descontento, sino el firme propósito de conseguir el restablecimiento de las libertades.

Los trabajadores y la opinión liberal de nuestro país, aunque han podido parecer vencidos por el desaliento — y no son pocos los motivos que, al respecto, se les proporcionaron — mantienen viva, en realidad, la esperanza de ver concluida esa larga pesadilla, que significa el franquismo. Es más, la presencia de ánimo que distingue a los hombres de la oposición ha ido ganando voluntades, con su actuación silenciosa, en sectores diversos, especialmente — ahí está la prueba — en el universitario.

Los signos no son nuevos : hace unos años, en Barcelona, la muchachada estudiantil inició la acción pública contra la Compañía de Tranvías que, poco a poco, se convirtió en sensacional movimiento huelguístico paralizador de la vida industrial barcelonesa. Fenómenos semejantes, aunque no de tanta amplitud, se han sucedido luego en localidades diversas. Y los estudiantes, esos jóvenes que, en la encuesta oficiosa comentada en nuestro SUPLEMENTO del mes pasado, condenaban al régimen de Franco por liberticida e inmoral, han salido luego a la calle para protestar civilmente contra el monopolio del S.E.U. y la incapacidad de los gestores de la Universidad.

Cabe decir, hablando francamente, que la nueva promoción estudiantil ha aventajado en el terreno de la acción a cuantas promociones se sucedieron en estos años de dominio franquista. Ha aventajado — guardando, claro está, las distancias — a la juventud obrera, y tiene el mérito, también, de haber sabido sacudir la pereza hasta en la misma emigración, pues, escéptica y comodona — tal es la verdad —, no siempre supo ésta estimar debidamente las posibilidades de trabajo frente al régimen franquista.

No debe olvidarse, sin embargo, que esa promoción estudiantil siente inquietudes nuevas y se manifiesta, por impulso propio, alejada de los partidos

A su vez los antifalangistas volvieron a la Universidad y asaltaron y saquearon el local que allí tiene el S.E.U. La batalla final pudo evitarse porque acudieron varios camiones de la Policía Armada y a fuerza de mangas de agua se obligó a replegarse a los antagonistas.

Parece que en varios lugares de la ciudad hubo otras pequeñas demostraciones y que se arrancaron placas colocadas en memoria de falangistas muertos. Algunos manifestantes daban gritos « Viva la revolución nacionalista » y otros vitoreaban a la F.U.E., recordando con este grito a la Federación Universitaria Española que existió en tiempos de la República.

MOVIMIENTO en el «MOVIMIENTO»

La destitución de Fernández Cuesta, que, en cuanto general auditor del cuerpo jurídico militar, ha quedado a las órdenes del ministro de Marina, no es la única registrada en la Falange. Otro decreto dispone el cese de Tomás Romojaro, a quien sustituye en la vicesecretaría general de la Falange el señor Salas Pombo, que era gobernador civil de Valencia y fué uno de los fundadores de la Falange en la Coruña.

José Antonio Elola, a quien Fernández Cuesta había hecho dimitir de la jefatura del Frente de Juventudes, ha sido nombrado miembro de la Junta Política de la Falange.

Por otro acuerdo del mismo Consejo de ministros, la vicesecretaría de Obras sociales de la Falange recae en el ministro del Trabajo, señor Girón. Finalmente, el notario Alberto Marín Gamero gobernador de Pontevedra y antiguo combatiente de la División Azul, ha sido nombrado delegado nacional de Información de la Falange.

LA OPINION DE « LE MONDE »

« La Falange, que va perdiendo terreno seriamente en el país y en las organizaciones gubernamentales, donde los católicos del Opus Dei van aumentando su influencia, está indiscutiblemente en minoría en la Universidad. Pero la propia Falange está dividida en dos tendencias : los franquistas, minoritarios, y cuyo crédito es prácticamente nulo ; los antifranquistas, más activos, pero desamparados porque no quieren renunciar a los primeros ideales de José Antonio. Los estudiantes monárquicos, procedentes, en general, de las clases acomodadas, no constituyen tampoco un grupo muy importante. Los más

numerosos, aunque no siempre puedan o quieran expresar su opinión, son los de tendencia liberal y democrática. Esta corriente no ha cesado de aumentar desde 1950. Están, a la vez, contra una posible restauración de la monarquía y contra el verdadero « novoutage » del poder organizado por el Opus Dei.

« Sería inútil querer aplicar al conjunto del país los sentimientos de los estudiantes españoles. Pero lo cierto es que éstos representan actualmente el elemento más dinámico y más abierto de todo el país. Son el reflejo de la juventud española y no tienen, como sus mayores, la obsesión de los desastres de la guerra civil. Vista en esta perspectiva es como la advertencia toma todo su sentido. »



...CONTRA FRANCO

mos sostenidos por ciertos viejos militantes, al igual que los de algunos de los hombres destacados en la emigración y en la misma Resistencia. Que sus reacciones son confusas, no cabe duda alguna; pero esa confusión no impide apreciar el sentimiento de que la vanguardia estudiantil está animada, sentimiento plausible de regeneración nacional, de progreso y libertad.

A pesar, pues, de la confusión, hay que felicitar de la acción estudiantil, prometedora acción, pues que, en todas partes, y en España particularmente durante los últimos cincuenta años (la etapa de la dictadura primorriverista es ejemplo elocuente), los estudiantes han influido con su acción en el despertar general del pueblo. Hoy, la diferencia radica en el adormecimiento de una parte de la población — embobada con el deporte de taquilla y las lecturas de la « cruzada » —, así como en la falta de entendimiento entre las fuerzas que han constituido la oposición antifranquista desde los años de la guerra. Y ahí tenemos el peligro de que la acción actual del movimiento estudiantil derive por falsos derroteros y sea aprovechada por elementos que, de una u otra forma, sostienen la dictadura o esperan reemplazarla el día de mañana por otra tan incivil como detestable.

En este mismo número publicamos diversas informaciones relativas al desarrollo de los sucesos estudiantiles, y nos limitaremos, para concluir esta nota, a señalar que la lucha está planteada en el mismo seno del conglomerado franquista. La substitución de dos ministros — Fernández Cuesta y Ruiz Jiménez — no representa otra cosa que el intento, por parte de Franco, de conservar el timón sin rupturas ruidosas y sin favorecer demasiado el predominio de tal o cual sector sobre los otros que constituyen el nefasto « Movimiento ».

No obstante, el conflicto, trasladado a la calle, promete agravarse. Lo rebelan los ataques dirigidos a las víctimas de la represión, ni más ni menos que la reacción de los amigos de aquéllas, movidos algunos tal vez por el despecho, pero patente en otros, sin duda alguna, la amargura de sentirse defraudados. Y el recurso de la fuerza, tan pródiga como ventajosamente utilizado ayer contra los militantes obreros y liberales, no hará hoy, aplicado a los estudiantes y los disidentes de Falange, más que ahondar la sima en que, pronto o tarde, pero irremisiblemente, se hundirá el sistema encabezado por el cien veces traidor Francisco Franco.

EL INFORME DEL RECTOR de la Universidad Central

LAIN Entralgo, rector de la Universidad Central y que, a pesar de haberse salvado momentáneamente de la purga, puede considerarse condecorado, hizo recientemente un informe secreto sobre el problema estudiantil y entre las causas que habían producido su efervescencia, mencionaba: « el restrictivo paternalismo adoptado tan frecuentemente por nuestro gobierno, a base de la censura », « las normas de censura intelectual y artística que, a menudo, resultan demasiado estrechas y nunca permiten un razonable recurso de apelación a los afectados por ellas », « el lamentable ejemplo que se da en grandes sectores de la sociedad española, cuya sola preocupación consiste en conseguir inmediatos beneficios económicos, lo que para el país resulta general y abusivo », « el hecho de que sean cada vez en mayor número los estudiantes españoles que vayan al extranjero y satisfagan su intensa curiosidad sobre las corrientes intelectuales, formas de vida, libertad de expresión, cosas que ejercen en ellos la irresistible atracción de la fruta prohibida », y « el hecho de que el número de empleos disponibles no guarde relación con el creciente aumento de la población universitaria ».

« La situación de la clase estudiantil, añadía el señor Lain Entralgo, reclama un riguroso examen de conciencia por parte del Gobierno, de los tribunales y de las instituciones públicas... un espíritu inteligente y flexible para todo lo que ocurre dentro y fuera de nuestras fronteras, en el mundo literario, artístico e intelectual ». El hizo, además, una advertencia, de que si bien entre los estudiantes no se apreciaban, no había síntomas extremistas « no sería extraño que estuviera gestándose entre aquellos cuya ideología tiende al radicalismo ».

« LA MUERTE DE UN CICLISTA »

Juzgada por la nueva generación universitaria española

En el boletín del « Congreso Universitario de Escritores Jóvenes », que, hasta su suspensión por la policía franquista, ha sido el verdadero exponente de las inquietudes de la juventud intelectual española, se ha publicado el siguiente juicio sobre la película de Bardem, « La muerte de un ciclista », la explicación de cuyo significado real tiene el valor de un testimonio:

« En estos momentos en que el cine

de evasión nos escamotea la realidad española..., una voz universitaria sirve de portavoz a la juventud española y lanza su grito sofocado de denuncia... Sirva esta película, la más sincera, la más auténtica que el cine español ha producido, de monumento que conmemore la muerte de una juventud española perdida en las carreteras y el nacimiento de otra nueva que ahora comienza a ver la luz. ¡ Gracias, Bardem ! »

La DETENCIÓN de BARDEM

A raíz de los sucesos, el gobierno franquista, presa de pánico, ha impuesto una serie de medidas contra personas ajenas al movimiento estudiantil, aunque distinguidas por sus repetidas manifestaciones opuestas al sistema dictatorial. La más significativa de dichas medidas es la aplicada al cineasta Bardem, cuya repercusión internacional fué inmediata y ruidosa. El franquismo, dislocado, ha dado en este caso un traspiés cuyas consecuencias no podrán repararse con la posterior liberación de Bardem, pues notoria es la protesta, no sólo en el extranjero, sino en la misma España, ante tal arbitrariedad.

¿ QUIEN ES BARDEM ?

NACIO en Madrid el día 2 de junio de 1922. Hijo de una familia de cómicos ambulantes, que lo eran, a su vez, por descendencia, Bardem quiso continuar dentro de la tradición familiar, y, ya por no sentir atracción por el oficio, ya por carecer de aptitudes, se dedicó a estudiar, hasta convertirse en... ingeniero agrónomo.

Durante algún tiempo perteneció al Departamento Cinematográfico del Ministerio de Agricultura, donde, aunque cateado en el examen de fin de curso, inició sus primeros contactos con el cine, y descubrió ahí su verdadera vocación. Seguidamente, en 1947, ingresó en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas de Madrid.

Además de realizador, Bardem es autor, crítico cinematográfico y redactor jefe de la revista española « Objetivo », una de las primeras publicaciones que el régimen franquista ha suspendido al iniciar su represión (1). Entre los argumentos y guiones que Bardem ha escrito, destaca el de « Bienvenido, Mr. Marshall », premiado en el Festival de Cannes de 1953, film que dió a conocer por primera vez su nombre fuera de España y lo popularizó en todo el mundo. Aparte de algunas cintas documentales y de corto metraje

realizadas en el Instituto y alguno que otro departamento técnico, fué el realizador, conjuntamente con Luis G. Berlanga, de Esa pareja feliz (1952), su primer film. En 1953 realiza Cómicos, film seleccionado el año siguiente en Cannes y que obtuvo una acogida muy favorable por parte de la crítica. En este mismo año, 1954, realizó Felices Pascuas, presentada en el Festival de Venecia por el Circolo Romano del Cinema. Posteriormente, Bardem realiza Muerte de un ciclista, cuya proyección fué prohibida en Madrid con el pretexto oficial de que el argumento — que presenta una mujer de la buena sociedad en delito de adulterio con un profesor de Facultad — es inmoral. Oficiosamente se comenta, sin embargo, que tanto el argumento como el diálogo significan un gesto de rebeldía intolerable y apenas encubierto contra las rígidas directrices impuestas en España.

Bardem, en fin, fué nombrado, en 1955, miembro del jurado en el Festival de Cannes, donde la España oficial presentaba la película Marcelino, pan y vino. Durante este Festival, y a título privado, Bardem decide presentar el film que se le había censurado en España. Dicha proyección, a la que asistió lo más representativo de la crítica cinematográfica internacional — y de la que oportunamente dimos cuenta en estas columnas —, le valió... el Premio Internacional de la Crítica, con lo que Bardem pasaba a ocupar un puesto destacado entre los mejores cineastas europeos. La detención de Bardem se ha producido, justamente, cuando acababa de rodar, con Betsy Blair, su última producción: Calle Mayor.

Concluiremos esta breve nota refiriendo uno de los muchos incidentes conocidos por Bardem a causa de la censura, y es que ha tenido que bautizar tres veces nada menos a uno de los personajes más estimables del film Calle Mayor. La primera vez le puso el nombre de Don Miguel, pero la censura vió una alusión a Unamuno; le cambió el nombre por el de Don José, y veían representado a Ortega y Gasset. Por último, para contentar a todos, el personaje fué bautizado con el nombre de Don Tomás.

(1) Al igual que « Objetivo », el servicio de prensa y propaganda franquista ha suspendido las revistas « Alcalá », « Ateneo », « Índice » e « Insula », mas, visto el mal efecto de la decisión y para evitar que se lo reprochen en los organismos de que hoy forma parte — como la UNESCO, cuyo Comité Ejecutivo debe reunirse, con la aprobación rusa, en Madrid — el gobierno dictatorial ha dejado en suspenso dicha medida acerca de las dos últimas publicaciones citadas.

MENSAJES DEL EXTRANJERO

Jean Cocteau, Maurice Garçon, Fernand Greg, François Mauriac, André Maurois, Henri Mondor, Marcel Pagnol, Roland Dorgelés, Philippe Heriat, Pierre Mac Orlan, Raymond Queneau, Marcel Achard, Aragon, Marcelle Auclair, Hervé Bazin, Simone de Beauvoir, Janine Bouissouneuse, Marc Beigbeder, René Clair, Maurice Druon, Jean Dutourd, Luc Stang, Stanislas Fumet, Guillevic, René Jouglet, Francis Jourdain, Joseph Kessel, Marie Lahyhollébecque, Armand Lanoux, Robert Merle, Claude Morgan, Léon Moussinac, Jean Painlevé, Jean-Paul Sartre, Elsa Triolet, Vercors, L. de Villefosse, P. Gascar y Ph. Soupault han firmado el texto siguiente:

« El anuncio de la injustificada detención de Juan Antonio Bardem, cineasta español realizador de « Bienvenido, Mr. Marshall », La muerte de un ciclista y Cómicos, laureado en el

Festival de Cannes 1954, Premio Internacional de la Crítica en 1955, representante asimismo de su país en el último Festival de Cannes, produce en Francia una profunda y comprensible emoción.

« Los firmantes no quieren demorar su protesta ante un acto tan flagrante contra la libertad de la persona humana, acto que se opone a la proyección del arte español y a la dignidad del país de Cervantes y Goya. »

Otra protesta formulada en París, dice lo siguiente:

« Henri Jeanson y los miembros del grupo de escenaristas del Sindicato Nacional de Autores y Compositores de Música, profundamente conmovidos por la detención arbitraria de Bardem durante la confección de una película franco-española, piden enérgicamente que no se admita ninguna película española en el Festival de Cannes. »

El Sindicato nacional de actores ha aprobado, a su vez, a los actores que, a raíz de la detención de Bardem, se han negado a continuar el film bajo otra dirección.

« Al conocer la detención del gran cineasta español Juan Antonio Bardem, motivada aparentemente por delito de opinión, queremos del gobierno español que le sean concedidas todas las garantías jurídicas que son tradicionales en un país libre para presentar su defensa. »

Alexandre Astruc, Claude Autant-Lara, Jacques Becker, Pierre Bost, Pierre Braunberger, André Cayate, H.-G. Clouzot, Jean Cocteau, de l'Académie française, Eddie Constantine, Jules Dassin, Henri Decoin, Paul Grimault, Pierre Kast, Pierre Laroche, Roger Lenhardt, Jacques et Pierre Prévert, Georges Rouquier, Armand Salacrou.

Dora Doll y Lila Kedrova, intérpretes de una cinta de Bardem, también han firmado este comunicado.



Los concejos comuneros de Castilla y Aragón

• Viene de la primera página •

pital a la ciudad de este nombre, al pie de las montañas y a la entrada de la meseta leonesa de Tierra de Campos — mal llamada por algunos meseta castellana —, los antiguos Campos Góticos de sus antepasados. El designio de estos magnates es, pues, la reconquista de toda España en beneficio propio, para lo que se reparten en feudos, nobiliarios y eclesiásticos, el país reconquistado. Esta monarquía, extranjera, neogótica, militar y teocrática, apenas cuenta en sus comienzos con más pueblo verdaderamente español que los escasos habitantes indígenas de aquellas montañas poco pobladas; la base nacional española crece después, con la inmigración de los mozárabes repobladores, que abandonan el Andalus de su cultura por motivos religiosos.

En el extremo noreste, sobre un país muy romanizado y apenas marcado por la huella sarracena, se crean varios condados francos, dependientes del Imperio de Carlomagno, con las características generales del sistema feudal europeo. Estos condados, que constituyen al principio la Marca Hispánica, emancipados de la soberanía franca y agrupados en torno al de Barcelona, forman después el Estado catalán, cuya base nacional española crece también con la repoblación.

En el norte de la Península, en la zona montañosa comprendida entre el mar y el Alto Ebro, antiguos pueblos cántabros, vascos y celtiberos crean un nuevo Estado, de características singulares, muy interesantes para nuestro estudio. Estos pueblos, famosos en la antigüedad por sus luchas contra Roma, refractarios siempre a todo dominio extranjero, rechazan ahora a los musulmanes como antes habían rechazado a los visigodos. Es el territorio menos romanizado de España, no hollado por los sarracenos ni sometido realmente al Imperio de Toledo. (« Perpetua pesadilla de los gobernantes visigodos fueron siempre los vascos » — dice uno de nuestros máximos historiadores —, contra los que todavía estaba en lucha el rey Rodrigo cuando las huestes del moro Taric desembarcaron en las costas del Estrecho, al pie de la roca que hoy lleva su nombre.) La milenaria tradición de estos pueblos cántabros determina el carácter del naciente Estado castellano, único rincón de la Europa de aquellos tiempos en que la población fué libre, política y económicamente.

Entre Cataluña y Castilla aparecen al comienzo de la Reconquista dos pequeños Estados pirenaicos étnicamente vascos: Aragón y Navarra, con características intermedias entre las de aquellos. Navarra, por su situación geográfica, agota pronto las posibilidades de expansión territorial. Aragón, a medida que la reconquista avanza hacia el Sur, se va asemejando a Castilla, de tal mo-

¿Anouilh no tiene nada que alegar?

En *Les Nouvelles Littéraires* se publicó recientemente una « Lettre de Madrid », en que María Alfaro escribía lo que a continuación traducimos:

« El teatro Español ha representado (en nuestra lengua) *L'Alouette* de Anouilh. La escenificación es buena, los intérpretes a la altura de sus papeles. Pero el espectador de buena fe quisiera ver aquí las obras teatrales, como también las películas, sin cortes de la censura. Para aquéllos que conocen el texto original, la pieza representada en Madrid, amputada de numerosos pasajes tiene indudablemente un sentido diferente del que ha querido darle el autor francés. »

Esta opinión, esta condenación de las falsificaciones de las obras teatrales, hecha desde el propio Madrid, confirma los sacrilegios cometidos por la censura franquista y clerical en la España actual.

Pero no se puede por menos de preguntar: ¿dichas mutilaciones se han hecho con el consentimiento del autor francés? ¿O para él prevalecen ante todo los derechos de autor y no la integridad de su propia creación? ¿Consentido o ignorante?

do que el territorio entre los dos Estados, el territorio comunero por excelencia, constituye desde el punto de vista de la geografía humana — económica, política y social — un solo país. Las comunidades castellanas de Soria, Atienza y Cuenca, son hermanas de las aragonesas de Calatayud, Daroca y Teruel.

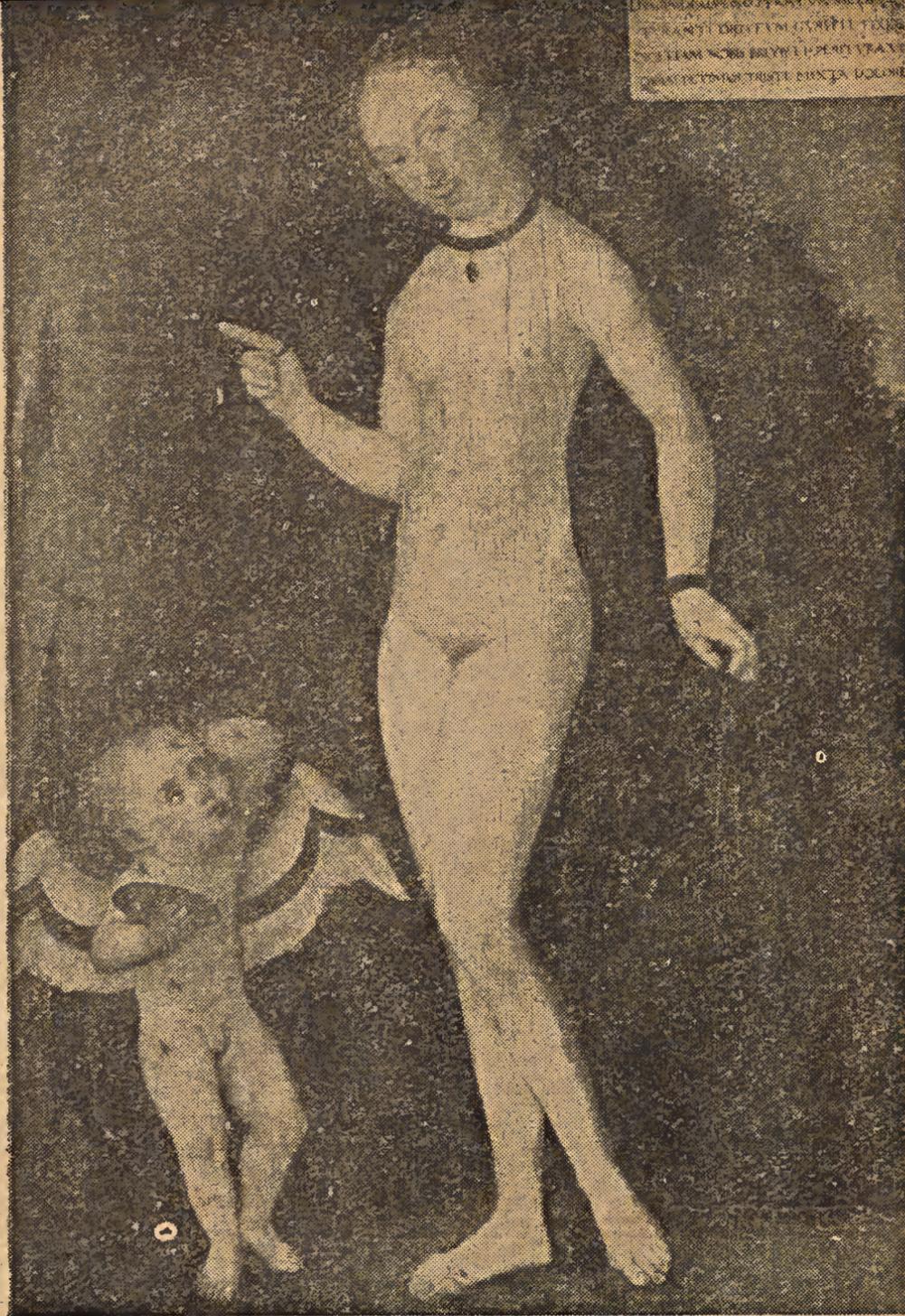
Al sur el Andalus, la España musulmana, tierra de moros, de cultura más refinada, gentes mahometanas y con turbante, pero tan españolas como los cristianos del norte, y desde luego mucho más que las castas gobernantes de los reinos neogóticos.

León se repuebla con gallegos y, particularmente, con mozárabes que dejan el Andalus para establecerse como labradores y artesanos en tierra cristiana, en los feudos de los nobles leoneses. Castilla se repuebla fundamentalmente de norte a sur, con cántabros y vascos, hombres libres e iguales, que al extenderse por el territorio de la antigua Celtiberia se funden con los habitantes, también libres, de estas serranías forestales y ganaderas escasamente pobladas. Ambas repoblaciones, de fondo étnico tan diferente, son — utilizaremos la expresión de Menéndez Pidal — caracterizadoras.

Estados de tan diversos orígenes y contradictorias estructuras políticas y económicas tenían que avenirse mal, y chocan, al extremo de que los montañeses vasco-cántabros, sometidos nominalmente a León, como antes habían estado nominalmente sometidos a Toledo y a Roma, rompen con la monarquía leonesa y proclaman la independencia del Estado vasco-castellano (no lo olvidemos: de Castilla y Alava); precisamente porque Castilla repudia el neogotismo de León, como sus antepasados habían rechazado a los visigodos de Toledo, cuya máxima expresión legal, el Fuero Juzgo, código romano visigótico de los jueces leoneses, los castellanos, dice la tradición, quemaron públicamente en Burgos en hoguera simbólica. A este nuevo Estado, convertido ya en reino independiente, se unirá después, por propia voluntad, las repúblicas vizcainas y guipuzcoanas.

¿Cómo nacen las Comunidades de Ciudad y Tierra que van cubriendo el territorio de la vieja Castilla a medida que la reconquista avanza (Nájera, comunidad incipiente, Burgos, Roa, Pedraza, Sepúlveda, famosa por su fuero, Cuéllar, Coca, Arévalo, la grande de Avila — con más de 220 pueblos —, la grande de Segovia — con 150 pueblos —, la pequeña de Madrid, Avilón, la grande de Soria — con más de 150 pueblos —, Almazán, Atienza, Guadalajara, la grande de Cuenca... por no citar todas)? No lo sabemos. Las encontramos vigorosas desde la reconquista de estas tierras por Castilla, empujando con sus milicias concejiles el avance reconquistador hacia el sur. Jiménez Soler dice que las comunidades aragonesas de Calatayud, Daroca, Teruel y Albarracín se ofrecen al historiador como supervivencias de ciudades prerromanas. Carretero y Nieva — cuya orientación seguimos — cree que las comunidades de Castilla son instituciones de origen celtibérico. De acuerdo con su parecer, nosotros modestamente opinamos que las viejas comunidades castellanas son instituciones de origen celtibérico restauradas o vigorizadas durante la reconquista por los repobladores vascos y cántabros de la primitiva Castilla.

Pero la tradición no es el único fundamento de las comunidades. Hay también poderosos motivos económicos que justifican su prosperidad y larga existencia. Que si la economía no explica todo — como pretenden los marxistas a ultranza — tampoco sin ella apenas podemos explicarnos cabalmente ningún fenómeno social. La propiedad privada puede ser base del cultivo agrícola; pero las riquezas forestales y la ganadería trashumante se desarrollan mejor en régimen de propiedad comunal de bosques y pastos. La codicia individual suelta, sin freno, acabaría en poco tiempo con los vallosos árboles de un viejo bosque fraccionado en lotes; y la tierra repartida en pequeñas parcelas no permite el incansante pastoreo de grandes rebaños. La propiedad y el usufructo colectivo de bosques y pastos eran, en efecto, la base económica de nuestras viejas comunidades, quizás del linaje de aquellas tribus de pastores de la Celtiberia cuyo recuerdo asociamos con emoción desde niños al heroico fin de Numancia.



Venus y el amor pleado por las abejas, óleo de Cranach.

¿Qué eran, pues, las Comunidades de Ciudad y Tierra? En primer lugar, núcleos fundamentales de la estructura del Estado castellano. Un erudito historiador, conservador, paladín de la unidad católica de España, don Pedro Pidal, escribe que « la constitución de Castilla, y aun de toda la España cristiana, era por este tiempo, digámoslo así, federal: una multitud de pequeñas repúblicas o monarquías, ya hereditarias, ya electivas, con leyes, costumbres y ritos diferentes, a cuyo frente estaba un jefe común ». Párrafo de expresión tímida y vacilante, que, aparte de confundir a Castilla, el País vasco y el Aragón comunero con el resto de España, de estructura feudal, deja traslucir un cierto antagonismo entre el respeto a la verdad por parte de un escritor honrado y su propia ideología política. Las comunidades o universidades castellanas y aragonesas, como las hermandades y cofradías vascas, eran instituciones de gobierno republicano y democrático, núcleos básicos de lo que hoy se llama un Estado federal. Más claro es Colmeiro cuando dice que « Castilla parecía una confederación de repúblicas trabadas por medio de un superior común, pero regidas con suma libertad y en las cuales el señorío feudal no mantenía a los pueblos en estrecha servidumbre ».

He aquí, resumidas y según el criterio de Carretero y Nieva, las condiciones esenciales de las repúblicas comuneras:

Eran sociedades con funciones públicas mucho más amplias que las correspondientes a la vida municipal. Tenían soberanía sobre un territorio que abarcaba varios pueblos, en algunos casos más de cien, y aun de doscientos. La Comunidad de la Ciudad y Tierra de Segovia — nuestra tierra natal —, por ejemplo, comprendía más de ciento cincuenta pueblos — en el siglo pasado todavía la integraban 132 — de las actuales provincias de Segovia, Madrid y Avila. « Aquende y allende puertos », como dicen sus viejos documentos para indicar ambas vertientes de la Sierra de Guadarrama.

Ejercían el poder por emanación del pueblo. Tanto los regidores, alcaldes y demás funcionarios de la comunidad, como los de los municipios de ella, eran de elección democrática. Las asambleas populares, en las que tenían voz y voto todos los vecinos, solían celebrarse en los atrios exteriores de las iglesias, tan característicos de esta parte de España, que desempeñaban así una función civil o en la plaza pública, « estando ayuntados a campana repicada según lo habemos de uso e costumbre de nos ayuntar », como dice textualmente un acta concejil.

Tenían fuero y jurisdicción únicos para todo su territorio. Los ciudadanos de las comunidades eran todos iguales en derecho, sin distingos de riqueza o linaje, según el precepto del Fuero de Sepúlveda que manda que no haya en la villa más que dos palacios, del rey y obispo, y que todas las otras casas « también del rico, como del alto, como del pobre, como del bajo, todas hayan un fuero e un coto », es decir, una sola ley y una sola jurisdicción para todos, rudimentaria y sencilla pero magnífica declaración de la igualdad de los ciudadanos ante la ley; y el que ordena « al juez e a los alcaldes que sean comunes a los pobres, e a los ricos, e a los altos, e a los bajos »; y el que manda que « si algunos ricos omnes, condes o podestades, caballeros o infanzones, de mio regno o d'otro, vinieren poblar a Sepúlveda, tales calomnas hayan cuales los otros pobladores », es decir, a igual delito, la misma pena, quienquiera que fuere el culpable. Una restricción conocida y frecuente era que para ocupar algunos cargos del concejo (alcalde, capitán de las milicias concejiles, etc.) se había de ser caballero; pero en las comunidades de Castilla se entendía por tal sencillamente al que mantenía caballo de silla para la guerra, por lo cual se hacía caballero todo vecino que lo adquiriese, y dejaba de serlo quien lo perdiera.

A CARRETERO Y JIMENEZ.
En el próximo número: Segunda y última parte de *Los concejos comuneros de Castilla y Aragón*.

Las Ciencias Naturales y la influencia de América



El descubrimiento de América vigoriza la ciencia española, la cual adquiere su propia personalidad y un sentido de que antes carecía. Nuestros escritores y cronistas sienten vivamente el espectáculo grandioso de la naturaleza americana, que se esfuerzan en interpretar y describir.

En las propias relaciones de los viajes de Colón se consignan ya gran acopio de datos y observaciones nuevas; la desviación de la brújula, las descripciones del mar de los Sargazos y sus pobladores y la presunción de que las elevadas montañas se encuentran cercanas a las costas y enfrentadas a las grandes profundidades marinas, hecho al que no se dió la debida interpretación e importancia hasta el siglo XIX. A un compañero de Colón en su segundo viaje, el médico sevillano Diego Alvarez Chanca, se deben las primeras descripciones de plantas americanas.

El valor de los datos aportados por los cronistas de Indias nace de la exactitud de los relatos, libres de todo género de prejuicios de los que estaban influidos los hombres de aquel tiempo, aunque se llamen Gerner, Cesalpino o Aldrovando.

Una obra a través de la cual se percibe la grandiosidad americana, mejor tal vez que en ninguna otra, es la Historia natural y general de las Indias, de Fernández de Oviedo, monumento capital para el conocimiento de las Ciencias Naturales del Nuevo Mundo, y que valió a su autor el calificativo de Plinio español, notoriamente injusto, porque pese a la fama del naturalista romano, Fernández de Oviedo le supera por su exactitud, justeza en la observación, carencia de prejuicios y una espontaneidad que aún no se ha sabido valorar debidamente. Aunque la obra de Fernández de Oviedo no se ha estudiado todavía con el detenimiento y la atención que merece, por lo poco que hemos sondeado en ella, se nos antoja que coloca a su autor en primera línea entre los naturalistas de su tiempo.

Otra gran figura es el Padre Acosta, analizado sagazmente por Rodríguez Carraco. Acosta es de formación cultural más profunda que Oviedo, pero menos sagaz y espontáneo y, sobre todo, su sentido naturalista no es tan certero. De todas maneras, a pesar de este juicio personal, La Historia Natural y Moral de las Indias es otra de las obras capitales de la ciencia española del siglo XVI.

Este y otros escritos, como los de Fray Bartolomé de las Casas y la Historia de las cosas de Nueva España, de Bernardino Sahagún, son de carácter general y no monográfico; están redactados con el deseo ambicioso de dar a conocer al mundo las maravillas de la realidad americana y por personas, aunque de cultura general, faltas de una preparación científica especializada. Por ello tiene valor inestimable la labor de Francisco Hernández, médico de Felipe II, personalidad sobresaliente de la ciencia de su tiempo, a la que su saber y formación en suma, prestó, con magníficos resultados, el entusiasmo español por la ingente hazaña de América, que a su paso galla a impregnaba su espíritu.

En Hernández se conjugan un sólido conocimiento de la ciencia antigua, que le permite traducir y comentar a Plinio,

y el espíritu científico creador de mayor empuje de su tiempo, simbolizado por la escuela de Padúa, que llega hasta nuestro naturalista, a través de Vesalio, médico como él de la Corte española. Su viaje a Méjico, el resultado de sus trabajos y la orientación que supo darles, son prueba de la realidad de nuestra, tal vez atrevida, hipótesis.

Hernández recorrió durante siete años la Nueva España; sus observaciones y escritos fueron una aportación capital para el conocimiento científico de las producciones naturales de América. Hacemos gracia al lector de las vicisitudes y aventuras, un poco sospechosas, por las que pasaron los escritos de Hernández y de la forma en que fueron publicados, y que nos hacen recordar el misterio que encubre el viaje de Vesalio a Tierra Santa. Fue complementaria de la labor de Hernández la del sevillano Nicolás Monardes que formó lo que pudiera llamarse el primer Museo de América con los productos naturales que le llegaron del Nuevo Mundo, ejemplo que siguieron en la misma Sevilla Argote de Molina y Rodríguez Zamorano.

La obra de Monardes, más afortunada que la de Hernández, apareció con el título: Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales, dividida en tres partes, que se publicaron sucesivamente y las tres juntas en 1574. Obras complementarias de Monardes fueron la de Juan Fragoso y Cristóbal Acosta. Fragoso herborizó en España con Hernández, de quien puede considerarse discípulo; en 1572 publicó Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales y otras muchas medicinas simples que se traen de la India oriental; proyectó, además, una Hispanicum plantarum Historia. En 1578 apareció el Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales, con sus plantas dibujadas al vivo, y que en castellano es el libro paralelo al del portugués García Orla Coloquios dos simples e drogas e cousas medicinais da India (1563).

De no menor importancia, aunque no estén revestidos de un carácter científico, son los descubrimientos de tantas y tantas plantas que encontraron por primera vez los exploradores españoles, como el tabaco, el cacao, el maíz y la patata. La primera noticia, por ejemplo, que se tiene de la patata fué la dada por Pedro Cieza de León, que la encontró en el valle superior del Cauca; en su relato cuenta como en los altiplanos fríos no crece el maíz y sus pobladores se alimentan de papas y quinoa. Otros hallazgos importantes debidos a nuestros compatriotas fueron las quinas, el guayaco, el bálsamo del Perú, el tomate, el frijol, la pecacuana, el copal, el palo Brasil, etc.

Sorpresa grande fué también el hallar focos de civilización en los que cultivaban ciertos estudios con singular fortuna. Así, en Nueva España se hallaron jardines zoológicos y botánicos y herbarios que conocían las propiedades de las plantas; un estado floreciente de la Agricultura en ciertas regiones, como en el Perú, en donde los yacimientos de guano se aprovechaban inteligentemente mediante una sabia explotación y una rigurosa conservación, que conocemos

por los relatos de Garcilaso El Inca. El grado de los conocimientos botánicos en el pueblo azteca se revela por el admirable herbario de Juan Badiano de Xochimilco escrito en náhuatl en 1552 y traducido al latín con el título de Libellus de medicinalibus indorum por el mejicano Martín de la Cruz, el cual fué descubierto en la Biblioteca Vaticana en 1929. Las ilustraciones debidas al ar-

A López de Saavedra Barba se le deben mejoras en la explotación de las minas de mercurio de Guancavélica, con los hornos llamados busconiles que más tarde se emplearon en Aimadén.

Sobre las minas y minerales del Nuevo Mundo existen importantes datos en Fernández de Oviedo, Acosta, Sahagún y otros. En el siglo XVI se introduce en Méjico el procedimiento de amalgación

por

ENRIQUE RIOJA

te indígena son muy perfectas y tienen una cierta semejanza con las de los libros de Hernández debido a los artistas mejicanos.

La aportación científica española del siglo XVII no es comparable a la del siglo precedente ni menos a la del XVIII.

Del XVII es un extracto de la obra de Hernández publicado por Francisco Ximénez con el nombre de Cuatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que están recevidas en el uso de la medicina en Nueva España. También el padre Juan Eusebio Nieremberg dió a conocer muchas de las plantas mejicanas, a través de los escritos de Hernández que sin duda pudo consultar. Tal vez la contribución más importante de ese tiempo es la de Bernabé Cobo, que escribió una Historia Natural del Nuevo Mundo, obra notabilísima analizada desde el aspecto botánico por Cavanilles, y que necesita ser debidamente estudiada desde otros sectores científicos.

para beneficiar la plata; la prioridad del método se la disputan Bartolomé de Medina y Monsén Antonio Boteller, técnica llevada después a las minas de Rotón por Pedro Fernández de Velasco. Importantes estudios sobre las minas del Perú se deben a Pedro de Contreras, Alonso Pérez y Rodrigo de Torres.

Sobre diversos aspectos de las minas y la minería americana y acerca de la técnica empleada, las mejoras de la explotación, escribieron Jerónimo de Ayaz, Juan de Sotomayor, Jorge de Fonseca, Fernando Montesinos, Fernando de Contreras y Luis Barrio de Montalvo, a quien se debe un interesante estudio sobre las minas de Taxco.

En el próximo número:

EL SIGLO DE LAS GRANDES EXPLORACIONES CIENTÍFICAS EN AMÉRICA Y PRINCIPIOS DEL XIX

« Guatemala », de Lisa Larsen, una de las excelentes fotos que figuran en la exposición « La gran familia humana » celebrada en el Museo de Arte Moderno.



SOLIDARIDAD
suplemento literario
OBRA

Aparece el día 1 de cada mes
Suscripción semestral, 300 frs.
anual, 600 frs.

Correspondencia de redacción a
F. GOMEZ PELAEZ

Administración y giros, a M. AGUAYO
24, rue Ste-Marthe, París (X)

EL MISTERIO DE LA RADIACION ATOMICA

• Viene de la página 16. •

exterior equivale al de diez metros de agua, y puesto que estas nuevas radiaciones ultrapenetrantes llegan hasta nosotros en la superficie terrestre, deben poseer una penetración muy superior a la de los rayos gamma, la cual no pasa de dos metros de agua.

En fechas más recientes, los vuelos estratosféricos en globo libre con cabina hermética transportando equipajes y aparatos; los más célebres de los cuales son los de A. Picard, establecieron definitivamente la existencia de la radiación cósmica y su predominio en las grandes alturas, donde no sufre ya el efecto de la absorción por las capas de aire.

Por último, los repetidos sondeos efectuados por Regener hasta alturas de más de 26 kms., es decir, en regiones en que el 98 % de la masa gaseosa de la atmósfera se encuentra debajo del aparato registrador, demostraron que la intensidad cósmica en estas zonas límites de la atmósfera es de 150 veces superior al que observamos al nivel del mar. Para dar una idea más precisa de la magnitud de esta radiación límite, digamos que produce la misma ionización que un miligramo de radio colocado a una distancia no mayor de un metro de una cámara de ionización.

De este modo es fácil estimar que el flujo global que cae sobre la tierra bajo la forma de rayos cósmicos, representa aproximadamente la mitad de la energía total que nos llega de las estrellas bajo forma de calor o de luz, de suerte que hay en el universo más energía (de treinta a trescientas veces más, según los cálculos más recientes) bajo forma de rayos cósmicos que en estado de luz o de calor, con lo que se demuestra la importancia de estas nuevas radiaciones en la estructura misma del universo.

Además, debemos considerar que estos rayos parecen venir en proporción constante de todas las direcciones de la bóveda celeste y que no ha sido posible encontrar una influencia preponderante sobre su intensidad, de la altura del Sol. Estos rayos no vienen, pues, del Sol, ni tampoco de la Vía Láctea, la nebulosa que nos rodea; siendo lo más probable que procedan de regiones del universo mucho más alejadas que el Sol o incluso nuestra Galaxia, y serían el eco de fenómenos atómicos que se producen en las lejanías del universo curvo, cuya naturaleza aún no ha sido posible desentrañar completamente, pese a las numerosas investigaciones y estudios realizados por científicos de la categoría de un Regener, el abate belga Lemaitre, el eminente hombre de ciencia mejicano Sandoval Vallarta y tantos otros.

Por otra parte, ha sido necesario recordar el carácter complejo de la radiación cósmica, ya que las medidas de absorción realizadas por Millikan en la profundidad de lagos demuestran que la radiación cósmica es un fenómeno heterogéneo, formado por cierto número de radiaciones componentes que tienen poderes de penetración muy diferentes las unas de las otras.

El paso a través de las capas de agua de los lagos y mares, tiene por consecuencia « filtrar » la radiación cósmica, a medida que el espesor aumenta,

de manera que sólo los componentes cada vez más duros son los que llegan a atravesar el conjunto, de tal suerte que a una profundidad de 70 metros, la radiación así filtrada es diez veces más penetrante que la observada en la superficie. Y, recientemente, Corling ha encontrado que el componente más duro se puede percibir todavía bajo un espesor de 500 metros de agua en medidas llevadas a cabo en los mares profundos.

Estamos, pues, muy lejos de alcanzar ideas claras sobre la naturaleza verdadera de las radiaciones cósmicas, y así como en un principio se pensó en emparentarlas — por razón de semejanza de penetración — con los rayos gamma de los cuerpos radioactivos, es decir, con los fotones luminosos, pero haciéndolos mucho más ricos en energía que estos últimos, actualmente prevalece la tendencia inversa, ya que sus propiedades más recientemente descubiertas los acercan más bien a una radiación corpuscular. De acuerdo con esto, la radiación cósmica pudiera estar constituida, como opina P. Augou, por electrones o protones extremadamente rápidos, cuya velocidad no se distinguiría de la de la luz.

La incertidumbre que predomina en el estudio de la estructura de esta radiación, se disculpa por la dificultad misma de la investigación, pues la observación de radiaciones tan penetrantes resulta sumamente penosa, porque la ionización de los gases se hace débil y apenas perceptible. Además, el cálculo mismo nos presta una ayuda casi nula, porque nos informa muy mal sobre lo que pudieran ser las propiedades de corpúsculos (electrones o protones) cuya velocidad sea igual o muy cercana a los 300.000 kms. por segundo.

Por último, la interpretación de las medidas efectuadas es delicada, porque esta radiación cósmica que nace en las partes lejanas del universo, sufre transformaciones demasiado complejas al atravesar la materia diseminada en los espacios interestelares así como los gases de nuestra atmósfera; pues, como ya dijimos, en la superficie de nuestra tierra no nos es dado trabajar sobre una radiación simple, homogénea, en estado puro, sino, por el contrario, sobre un efecto muy complejo que exige del investigador una sagacidad extraordinaria para atinar y no perderse en el laberinto de las radiaciones extrañas que nos llegan junto y por efecto de ella.

Resumiendo los conocimientos que sobre esta materia se tienen actualmente — resultado de los experimentos realizados en este dominio, de los contadores Geiger y Müller en coincidencia — podemos decir que los corpúsculos que constituirían esta radiación cósmica deben dividirse en dos grupos: un grupo de corpúsculos « blandos » que tienen un poder de penetración de unos cuantos centímetros de plomo, y un grupo de corpúsculos « duros », que poseen un poder de penetración de unos cuantos metros en el mismo metal. Los corpúsculos del grupo duro son de origen primario y lejano, siendo, además, sensibles a la acción del campo magnético terrestre, y para caracterizarlos más completamente — quizá se trate de protones ultrarrápidos — digamos que de-

ben poseer una energía individual incomparablemente mayor que la de los corpúsculos atómicos ordinarios, y que se cifra en números astronómicos de decenas de millares de millones de voltios, y a veces más! Recientemente, dos astrofísicos de los establecimientos de investigaciones atómicas de Harwell, Estados Unidos, han encontrado que estas poderosas partículas de rayos cósmicos, al penetrar en la atmósfera, producen rayos de luz en el cielo nocturno; debiendo poseer dichas partículas, para producir este efecto luminoso, una velocidad vertiginosa, muy cercana o tal vez mayor que la de la luz, como demostró en 1934 el sabio ruso P. A. Cerenkov.

Por el contrario, los corpúsculos del grupo blando serían de origen secundario y se producen, en gran parte, en la atmósfera misma, por la acción del grupo duro sobre los átomos de gas. Los rayos primarios tienen, en efecto, la admirable propiedad de « romper » los edificios atómicos, resultando de ello una especie de fuegos artificiales de corpúsculos secundarios, emitidos en abanico en eso que se ha dado vicioso nombre de « chaparrón » de rayos cósmicos.

Observando con un mayor detenimiento estos chaparrones de explosión, en que se aprecian, a veces, centenares de fragmentos atómicos diseminados, electrones positivos y negativos, protones y, quizá, neutrones, parece que las radiaciones cósmicas son capaces de producir un grado superior de desintegración atómica más completo, por ejemplo, que las transmuciones que podemos operar con ayuda de partículas alfa o de iones acelerados por alta tensión. Bajo la acción de los rayos cósmicos no hay solamente tránsito de un tipo atómico a otro, sino parece ser que el núcleo llega a romperse totalmente en sus elementos más simples.

De tal suerte, y como conclusión inevitable de todo lo visto hasta aquí, nos vemos obligados a reconocer que, a pesar de todo, el misterio de la radiación cósmica permanece aún casi completamente oscuro, pues hasta el presente no ha sido siquiera posible encontrar una explicación razonable del origen de estos rayos ultrapenetrantes y poderosos, de los cuales sólo sabemos que provienen de regiones del espacio muy alejadas de nosotros.

Podría hallarse una causa plausible en un proceso de aniquilamiento de masas materiales, análogo al proceso de que poseemos una prueba en los laboratorios, a propósito de la formación del electrón positivo, pues sabemos que la destrucción del electrón y el protón, o el aniquilamiento de los átomos del carbono y del oxígeno suministran energías considerables que van de los 500.000 voltios a 12 y 16 millares de millones de voltios.

Para R. A. Millikan, que ha estudiado detenidamente estas posibilidades de conversión de la materia en radiación, ha pensado igualmente en la formación progresiva de elementos, de diversos tipos atómicos, partiendo del elemento simple hidrógeno, pues las reacciones de formación de los diversos átomos tendrían como consecuencia una fuerte liberación de energía. Así, la formación de ciertos elementos más corrientes, tales como el oxígeno, el silicio y el hierro, liberaría respectivamente energías de 100, 200 y 450 millones de voltios, y la condensación del hidrógeno en átomos uranio, el más complejo de cuantos se conocen, suministraría un poco menos de 2 millaradas de voltios.

Pero, semejantes fenómenos, que, a la luz del desarrollo actual de la ciencia atómica, son cada vez más probables, aún no pueden ofrecer la solución anhelada al enigma cósmico, pues las radiaciones así generadas tendrían, al menos en teoría, propiedades bastante diferentes de las observadas en los rayos cósmicos.

Precisamente por esta falta de soluciones seguras, los científicos han dejado volar un poco la imaginación y nos han dado hipótesis tan audaces como seductoras, que, si bien no han aportado ninguna luz para aclarar las tinieblas que envuelven esta misteriosa radiación, sí, por lo menos, nos sirven para guiar nuestras impulsiones cognoscitivas.

Hace algunos años, Regener propuso considerar los rayos cósmicos como una especie de radiaciones « fósiles », como residuos arqueológicos que datan de la época en que el universo era todavía joven, y que continuarían dando vueltas en el recinto de éste, desde los orígenes, en que las condiciones físicas de temperatura y densidad eran, con to-

da seguridad, más propicias que las actuales para la producción de grandes energías.

Posteriormente, en Lovaina, el sacerdote Lemaitre, que realizó algunos experimentos en la ciudad de Mejico junto con el científico mejicano Sandoval Vallarta, volvió a reivindicar esta teoría arqueológica y propuso considerar el universo entero como un inmenso átomo cuyos rayos X serían los rayos cósmicos. En ambas hipótesis, como escribe Rogener, los rayos cósmicos tendrían que ser considerados como un documento extraordinariamente importante, un documento relativo al origen mismo del mundo y a su evolución.

Bien entendido que todo esto no es más que pura especulación, y aunque la experiencia no se ha pronunciado todavía a este propósito, ni en un sentido ni en otro, su existencia es algo innegable y su acción, para bien o para mal, nos alcanza a todos por igual.

Debemos hacer observar, finalmente, que estos fantásticos desprendimientos de energía se producen lo mismo en el organismo celular que en la materia inerte. Por el choque con un corpúsculo primario cósmico, átomos de nuestro cuerpo estallan en chaparrones; estos fragmentos atraviesan nuestros tejidos y desencadenan las tempestades celulares locales que pueden resultar del desprendimiento de diez millares de millones de voltios. Sin pretender generalizar demasiado, y que de consecuencias para nuestro metabolismo! Y puesto que desde hace milenios toda la cadena de los organismos celulares está bañada en esta radiación, hay que pensar que ésta participa, a su vez, favorable o desfavorablemente, en nuestro equilibrio funcional.

Para algunos fisiólogos del cerebro, ciertas células nerviosas localizadas estarían especialmente encargadas de esos « reflejos condicionales », a los que habría que considerar como el sustrato de nuestros actos cerebrales, de nuestros pensamientos. ¿Quién sabe si los trastornos mentales y esos chispazos súbitos de genio o rebeldía son debidos al choque ocurrido un buen día entre un rayo cósmico y una de estas células cerebrales delicadas y sensibles.

Estas especulaciones, como algunos podrían suponer, no tienen nada de quiméricas, pues, gracias a ellas, el doctor H. Thomas ha podido imprimir una nueva dirección al problema tan interesante del origen de las especies. El doctor Thomas se niega a considerar como espontáneos esos cambios bruscos observados en muchas especies animales, así como en las plantas, y conocidos con el nombre de mutaciones, ya que, según él, se puede encontrar su origen no sólo en la acción del medio circundante, sino también en los cambios de intensidad de la radiación cósmica.

Desde hace algunos años se ha observado que el tratamiento por las radiaciones de onda corta, así como por los electrones rápidos, es capaz de provocar mutaciones definidas. No hay duda de que la acción de los rayos penetrantes, tales como los rayos X, sobre células en vías de división, pueda engendrar formas nuevas. ¿Por qué no puede pensarse, entonces, que la acción sobre el núcleo de una célula viva de los corpúsculos constitutivos de una radiación cósmica y de las radiaciones secundarias concomitantes, no ha de ser análoga? Si los genes, elementos que llevan los caracteres hereditarios, reciben el choque de uno de estos corpúsculos, sufrirá modificaciones de estructura que acarrearán una mutación en las nuevas generaciones.

Es lógico suponer que la radiación cósmica, con su gran poder de penetración y lo enorme de su potencial energético, debe desempeñar un papel vital en la evolución de la vida, pues siendo ésta materia organizada en alto grado de perfección funcional, la acción de estos rayos sobre la estructura atómica de la misma, debe ser de enormes consecuencias.

Quizá en un futuro no muy lejano, cuando el misterio de la radiación cósmica haya sido desentrañado y el hombre conozca su origen, su composición y comportamiento, tendremos la posibilidad de apoderarnos de los secretos íntimos de la naturaleza que hasta ahora nos han estado vedados.

Quizá los rayos cósmicos sean los agentes misteriosos que nos ponen en contacto con todo el universo, generando, modelando e impulsando al hombre, a la vida y a la naturaleza toda hacia el porvenir.

Octavio ALBEROLA

Jean Couy : La lechuzca (grabado en madera).



Lacordaire, Mérimée, Dumas, Edgar Quinet, Sainte-Beuve, Nerval y Gautier VISTOS POR UNAMUNO



AY autores franceses, cuyo nombre no ha borrado aún el olvido, que no son comentados por Unamuno sino incidentalmente, como ya hemos observado, no para apoyar sus asertos, sino más bien para criticarlos al hablar de la opinión ajena. Tal es el caso de Lacordaire (1802-1861), entre tantos otros. Critica Unamuno la opinión del Sr Torrás y Bajés, obispo que fué de Vich, cuando dice que

« Lacordaire en Francia, entonces cabeza de Europa, y del mundo, Newman en el mundo anglosajón, predominante en el orbe de las tierras, y nuestro Balmes, que no tuvo un pedestal tan suntuoso, fueron inteligencias soberanas » (Soliloquios y conversaciones, 113).

Unamuno, después de afirmar que el pensamiento de Balmes le « parece rastro » (Ibidem), añade:

« Aunque el P. Lacordaire y el cardenal Newman hubieran valido intelectualmente menos que Balmes, hubieran siempre gozado de mejor reputación que éste. Y es que al P. Lacordaire lo sustentaba Francia, « entonces cabeza de Europa y de mundo », y al cardenal Newman, el mundo anglosajón, « predominante en el orbe de la tierra ». Y, aparte de que Francia e Inglaterra son dos resonadores inmensamente más potentes que pueda serlo España, el sentirse francés el P. Lacordaire y el sentirse el cardenal Newman inglés, les debió dar una confianza en sí mismos y en la eficacia de su obra, de que hubo de carecer nuestro Balmes » (Ibidem).

Estas palabras, que encierran un fondo de verdad indiscutible, vienen a corroborar lo que tantas veces expuso Unamuno: hay pueblos cuya influencia y « cultura » no se debe tanto a los frutos del espíritu como a la potencia de sus cañones y a las numerosas divisiones militares con que cuentan.

Lacordaire, en suma, no merece alta consideración del autor vasco.



En cambio, Mérimée, (1803-1870), pese a sus famosas mixtificaciones, es objeto del respeto unamuniano. Por ello, nos dice:

« En cuanto a Próspero Mérimée, el gran Mérimée, ¿ quién duda de que tuvo la visión y la comprensión más profunda de España? » (De esto y de aquello, III, 247.)

Es posible que Unamuno tenga razón. Sin embargo, tengo para mí que esa

« visión y comprensión » no fueron tan perfectas como el autor vasco quiere, cuando Mérimée compuso *Le théâtre de Clara Gazul*, *comédienne espagnole*. Si la obra es realmente artística, el fondo no brilla por la autenticidad.

Si dejamos a un lado este hecho, justo es admitir que Mérimée no difamó jamás a España y que trató de ser verídico. En efecto, al poner los pies en tierra hispana:

« ...Il s'informe des superstitions valenciennes, s'entretient avec des cigarières et des toréadors, cotoie avec ravissement un bandit de grand chemin. Il conte souvent à la première personne tout en conservant un ton calme et détaché, de la sorte, il donne à son récit un air d'authenticité et d'objectivité. » (Castex et Surer: *Manuel des études littéraires françaises*, 147.)

¿ Qué lástima que Unamuno haya sido tan parco al hablar de Mérimée!



La parquedad unamuniana es aún mayor al hablar de Dumas, padre (1803-1870), el célebre autor de *Los Tres Mosqueteros*, que fueron la delicia de nuestros años mozos, aunque excitaban la cólera de Unamuno y le hacen decir:

« No puede esperarse gran cosa de los que se deleitan leyendo a A. Dumas, padre, o a Pérez Escrich, si bien haya diferencia grande de uno a otro, que no lo sé, pues apenas los conozco. » (Contra esto y aquello, 140.)

¡ Terrible don Miguel! Henos aquí

condenados a ser unos perfectos majaderos por habernos recreado en las novelas del entretenido Dumas. Cabe preguntarse: ¿ Fué alguna vez joven don Miguel de Unamuno?

No veo, en realidad, la relación que pueda existir entre la inteligencia de un lector y el hecho de encontrar distracción amena en la lectura de « *El Conde de Montecristo* » o en alguna otra novela de Dumas, el inagotable. Todo hombre, en época de vacaciones, no puede llevarse en el bolsillo un Nuevo Testamento griego o un diálogo de Platón, a fin de leerlo en las alturas.

Pese al juicio de Unamuno, Dumas, aquel que tan mal habló de España, donde fuera tan bien acogido, sigue siendo leído por las nuevas generaciones en Francia y en el extranjero.

Es de creer que el número de seres de los que « no puede esperarse gran cosa » es no sólo abundante, sino que goza de buena salud, pese a los anatemas de los sabios.



En cambio, cuando se trata de afianzar y dar más fuerza a una idea, que agita su ser entero, recurre con placer a autores franceses. Nuestro asombro es extraordinario cuando vemos que Unamuno trae a cuento a Quinet (1803-

por J. CHICHARRO DE LEON

1875) al poner en evidencia aquello de la « afanosa grandiosidad española », de que hablara Carducci:

« Edgar Quinet — aquel apocalíptico profeta galo-romántico — ya en 1844 (Mes vacaciones en Espagne, publicado en 1857), decía a nuestros abuelos que no vale una gota de sangre « enmascarar o desfigurar a Felipe II bajo una Constitución de papel » — así les decía que tomaran la vía de la revolución propia, que pide un alma regia, para lo que basta ser sencillamente español, y les hablaba de la vasta herencia de democracia que la monarquía española había preparado, les hablaba de continuar una nación de hidalgos — *gentilshommes* — proletarios sin rebajarla a burguesía » (De esto y de aquello, III, 582.)

La cita es interminable. Observemos, a título de curiosidad, que Quinet, pese a su *Révolution*, ha caído en olvido desde el instante en que Michelet se impuso. Nadie se acuerda de él, ni siquiera « los teoriciens de la République » (Haedens, 352.)

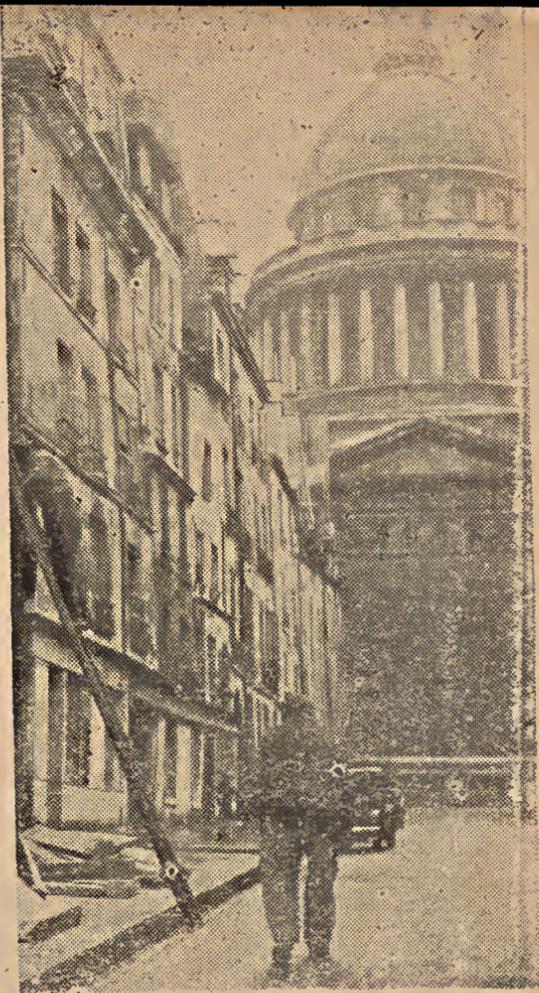
No sé a ciencia cierta qué halló Unamuno de interesante en la obra de Quinet. ¿ Fué su estilo pomposo y florido que vela la vaciedad del fondo en no pocas ocasiones? Bien me sé que el autor vasco, como hemos visto, admiró a Senancour. Sin embargo, no fué el estilo de Senancour, un tanto chateaubrianesco, lo que le sedujo, sino la atmósfera del Obermann. En suma, nuestro autor, tan poco dado a florituras de estilo, nos desconcierta a veces al citar, como objeto de sus preferencias, autores que nada nos dicen hoy.



Más aún que Quinet, convence a Unamuno Sainte-Beuve (1804-1869), el agudo crítico francés de sentido universal, cuyas páginas son siempre de actualidad. El autor vasco, en diálogo, es decir, en monólogo personal, se dice:

« ¿ Te acuerdas lo que has leído hace poco en el capítulo II, del libro III de *Port-Royal de Sainte-Beuve*? Este amable y fino narrador, uno también de los que vivieron y son, te dice allí que « se ha notado con un sagaz tino y un gusto que la moral corrobora y dirige, que los escritos al alejarse de nosotros pierden a menudo lo que de actualmente conmovedor y contagioso tenían en el momento en que aparecieron; que la distancia permite, cuando una parte de genio los ha dictado, que se pueda seguir sus méritos, observar y discernir sus rasgos, sin nada que de aquella composición de la vida con la obra, ni de aquella fiebre moral que la vecindad y la producción reciente inoculan » (Soliloquios y conversaciones, 42, Austral; Cf. *Ibidem*; 151, donde repite la idea, así como también *Contra esto y aquello*, 140.)

No hay duda alguna. Unamuno prefe-



Rincones de París : Una vista del Panteón.

ría Port-Royal a todas las demás obras del crítico francés. Siento que el autor vasco, pese a su talento indiscutible, no nos haya dicho que si hoy vive Sainte-Beuve, no es por sus creaciones, por sí mismo, sino gracias a la existencia de grandes artistas en la literatura francesa, que por suerte, no son pocos.



Frente a Sainte-Beuve, cuyo nombre brilla porque los otros existieron, Gerardo de Nerval (1808-1855), cuya existencia fué breve, ha ganado en la literatura francesa el puesto meritísimo que ocupa, gracias a su genio personal y a su poder creador. Este poeta, genio de luz y sombra, tal vez el único verdadero romántico francés, por su vida, no ocupa lugar preminente en la obra unamuniana. Sólo una cita breve nos hace saber que existió Gerardo de Nerval:

« Leyendo las obras de los escritores suicidas se descubre casi siempre en ellas la íntima razón del suicidio. Tal sucede entre nosotros con Larra, en Francia con Nerval y en Portugal con Antero. Y tal sucede con Silva. » (Contra esto y aquello, 30.)

Es de sentir que el autor vasco no se haya adentrado en el alma de Nerval, este cuentista elegante y fino, tan amante de lo fabuloso, que le parece real, y que se crea un mundo nuevo fantástico, rojo y negro, digno de un hechicero que sabe encerrar en sonetos perfectos cuanto contribuye a encantar el espíritu y a dar a la lengua una magia desconocida hasta su época.



Tras brevísima cita en que se menciona el nombre de Alfredo de Musset (1810-1857) que merecería amplio comentario, (Contra esto y aquello, 115, Austral), habla Unamuno casi de paso, de Teófilo Gautier (1811-1872) autor de *Voyage en Espagne*, en el que no cabe admirar otra cosa que las descripciones pictóricas del autor, que sabe reproducir de modo maravilloso cuanto contempla.

Unamuno, en general, rinde justicia a Gautier. ¿ No fué Baroja el que pedía el pincel de Gautier para pintar paisajes españoles?

En efecto, ni siquiera Azorín, tan meticuloso, tan minucioso y detallista, llega a la altura de Gautier, que es más artista, más poeta y no pone en lo que ve, como el autor levantino, hábito de tristeza íntima, que convierte en sombrero y decadente hasta lo más riante y halagüeño.

No es de extrañar que Unamuno no diga sin malicia:

« El viaje de Teófilo Gautier, sigue siendo, a pesar de sus innumerables errores, de detalle, muy superior a otros viajes mejor documentados, más exactos, pero sin alma » (De esto y de aquello, III, 247.)

En efecto la obra de Gautier, salvo ciertos detalles propios del viejo tiempo, tiene perenne actualidad. ¿ Lástima que se haya creído obligado, en ciertos casos a ironizar o a juzgar hechos que estaban muy por encima de sus cualidades y conocimientos.

LA ACADEMIA VA A PUBLICAR UN NUEVO DICCIONARIO

HACIA el mes de abril del año en curso, se espera que aparecerá el nuevo Diccionario de la Academia Española, mejor dicho, su décimo-octava edición. En el grueso volumen se contarán cerca de 80.000 palabras, incluyendo americanismos y voces técnicas y científicas, que tendrán, así, un reconocimiento oficial de su realidad lingüística. La Academia ha adoptado, además, ciertas resoluciones acerca de varios problemas de la lengua, y señala, aun con las flagrantes discrepancias que mantenían o mantienen la gramática y el diccionario de la propia Academia, nuevas normas de prosodia y ortografía para simplificar el uso y con el deseo de acabar o aminorar el divorcio existente entre la lengua hablada y escrita.

Reflejan, pues, los « inmortales » una mayor flexibilidad, a pesar de que las nuevas normas, en cuanto toca a la escritura, se limitan a regular el uso de signos auxiliares, como el tilde, la diéresis y el guión. Referente a éste, parece que se ha cortado por lo sano, autorizando cualquier división mientras corresponda al silabeo natural de las palabras. En el campo de la prosodia, las nuevas normas tienen por objeto autorizar formas de pronunciación usuales que hasta ahora no podían asomarse legítimamente a la lengua escrita. No será censurable en el futuro decir —

como se decía — *dinamo*, *políglota*, *pentágrama*, *torticolis*...

NUEVOS VOCABLOS

El texto del Diccionario ha sido, según cuentan, revisado a fondo, desde las etimologías a las definiciones. El último publicado data de 1947, tratándose de una reimpresión del de 1939 con un suplemento. El que va a salir dentro de unos meses, contiene un copioso caudal de voces nuevas que han entrado recientemente en circulación como consecuencia del adelanto de las técnicas modernas. Suman más de un millar esos nuevos términos, viniendo a incorporarse a nuestra lengua palabras ya de uso vulgar, como *radar*, *penicilina* y otros términos propios de los antibióticos, incluido este mismo vocablo; todos los usuales que se refieren a la energía atómica y bastantes nuevos del automovilismo. En cambio, siguen sin ser admitidas palabras hoy tan usuales como « *exilar* », « *exilado* », pero sí « *exilio* », que deja de ser vocablo anticuado.

Por otra parte, se está confeccionando un diccionario histórico, que contendrá la adecuada reseña de cada una de nuestras palabras. Tendrá ese monumental diccionario unos 15 gruesos volúmenes, y se espera que el primer cuaderno podrá aparecer próximamente, sin que sufra interrupción la publicación de los que han de seguirle.

CHOPIN EN MALLORCA

por el artista. Además, una circunstancia, que para los más no hubiera sido motivo de atracción, pesó singularmente en el ánimo de George Sand, « être de sentiment » por excelencia, como a ella misma le place definirse: la enfermedad que prematuramente había de cortar la vida de Chopin, se manifestaba ya de manera inequívoca, y George Sand, vivamente impresionada por el estado de su nuevo amigo, lo acogió con ternura maternal y se propuso hacer cuanto pudiera para ayudar a su curación. Un doctor que fué consultado aconsejó que el enfermo fuera alejado del crudo invierno de París y llevado a algún lugar del Mediterráneo. George Sand escogió la isla de Mallorca, Chopin se sometió de buen grado a esta decisión que, además de no desagradarle, le era impuesta por una voluntad mucho más enérgica que la suya, y un día del mes de noviembre de 1838 partieron de Port Vendres con destino a Barcelona y Palma de Mallorca. George Sand, sus dos hijos, Mauricio y Solange, y su hijo adoptivo, « nuestro enfermo », como ella lo llama en el libro que este viaje le hizo escribir: « Un hiver à Majorque ».

Sería injusto no reconocer la inmensa generosidad que impulsaba a George Sand al tomar esta determinación heroica. La gran pasión que sentía por Chopin, aludida en todos los comentarios que pueden leerse sobre la novelista y su vida, no podía cegarla hasta el punto de ocultarle el peligro que a ella y a sus hijos les recargaría haciendo vida común con un enfermo atacado de tuberculosis pulmonar. Así, en homenaje a esta generosidad y al exacerbado idealismo que la alimentaba, los comentaristas coinciden en atribuir al amor de George Sand por Chopin el calificativo de maternal, aceptando la conveniencia, en perfecta mixtura, de este sentimiento con una violenta pasión.

La travesía de Barcelona a Palma de Mallorca ofreció a los viajeros una de las pocas impresiones amables que George Sand recuerda en su libro, lleno de comentarios amargos y de enconadas diatribas contra los mallorquines. « Cuando íbamos de Barcelona a Palma — escribe —, en una noche tibia y sombría, iluminada únicamente por una fosforescencia extraordinaria en la estela del navío, todos dormían a bordo, con excepción del timonel, que, para resistir al peligro de hacer el mismo, estuvo cantando toda la noche con una voz tan dulce y tan baja que se hubiera dicho que tenía despertar a los dormidos o que, a su vez, se había dormido. No nos cansamos de escucharle; pues su canto era de los más raros... Esta voz de la contemplación tenía un gran encanto. » No es muy aventurado suponer que estas canciones causaron a Chopin una emoción profunda. Es posible que removieran en su alma, tan sensible, ecos lejanos y saturados de recuerdos, que evocaron el encanto que en los años de su adolescencia le había conmovido frecuentemente al escuchar las canciones de su patria, cuya íntima esencia sería más tarde fuente generosa e inagotable de su inspiración.

Al llegar a Palma, encontraron « un calor comparable al de nuestro mes de junio », el clima ideal que buscaba George Sand para su enfermo. ¡Engañosa ilusión que las más amargas decepciones disiparían muy pronto! En Mallorca no es raro que el otoño se prolongue con amable obstinación, como si se doliera de abandonar la isla a la rudeza de las borrascas invernales. Aunque después de haberse anunciado los primeros fríos, suele obtener una última victoria para retardar un poco más la definitiva entrada del invierno en aecho. Este breve paréntesis, en que el sol luce gloriosamente y el aire tibio y transparente lo envuelve todo con amorosa dulzura, es el veranillo de San Martín. Después, la decoración cambia bruscamente y los vientos fríales, el cielo encañado y hosco y los aguaceros pertinaces se vengán impacientemente de la espera irregular que les había sido impuesta.

Después de vencer serias dificultades para encontrar alojamiento, Chopin y sus acompañantes se instalaron en una casa de campo, no lejos de la capital. Al describir esta casa, dice George Sand que era « amplia y aireada (demasiado aireada) ». En efecto, se trataba de una residencia de verano — y hasta su nombre mallorquín: *Son Veni*, que puede traducirse aproximadamente por *Casa del Viento*, parecía aludir, con expresiva ironía, a sus condiciones. Al empezar las lluvias de aquel invierno, que fué exageradamente riguroso, el frío y la humedad agravaron sensiblemente el estado del enfermo. Había ya cundido la noticia de su dolencia, y, en el momento

conocido por primera vez los serios disgustos por « pequeñas contrariedades », no sabido de la cólera por un caldo apimentado o *hurtado* por los sirvientes, la ansiedad por un pan fresco que no llegaba o que se había convertido en una esponja al atravesar un torrente a lomos de un mulo... A medida que el invierno avanzaba, la tristeza paralizaba en mi interior los esfuerzos alegres y serenos. El estado de nuestro enfermo empeoraba constantemente; el viento locaba en la quebrada; la lluvia tamborileaba en nuestros cristales; la voz del trueno atravesaba nuestros espesos muros y ponía una nota lúgubre en medio de las risas y los juegos de los niños... El mar, furioso, retenía las embarcaciones en los puertos, y nos sentíamos prisioneros lejos de todo socorro y de toda simpatía eficaz. La muerte parecía cernerse sobre nuestras cabezas para apoderarse de uno de nosotros, y nos hallábamos solos disputándole su presa. No había una sola criatura humana a nuestro alcance que no hubiese querido empujarle a la tumba para acabar lo más pronto posible con el pretendido peligro de su vecindad. Y, como un siniestro colofón de este horrible cuadro, afirma haber oído el siguiente diálogo:

« Este tísico irá al infierno, porque está tísico y porque no se confiesa. »
 « Cuando muera, no lo enterraremos en tierra sagrada, y como nadie querrá darle sepultura, sus amigos se las compondrán como puedan. Yo no pienso ayudarles. »
 « ¡ Ni yo ! ¡ Amén ! »
 La desesperación y el despecho es posible que hayan estimulado la exaltada imaginación de George Sand para avivar los colores y amplificar la sustancia de sus descripciones. Pero, aun al exagerar de toda posible exageración, mucho menos de lo que ella relata era suficiente para convertir en una trágica aventura la estancia de Chopin en Mallorca. A principios de marzo de 1839, Chopin fué llevado de nuevo a Francia. Pasó un corto tiempo en Marsella, más tarde fué acompañado a Génova, y, finalmente, a Nohant, a la propia casa de su ángel tutelar y siempre bajo sus cuidados.

En medio de tanta desolación, Chopin no dejaba de componer música. En la cartuja de Valdemosa fueron concebidas algunas de las mejores páginas de su inmortal creación: los 24 *Preludios*, op. 28, y, según todas las probabilidades, la *Balada* en fa, op. 38; la *Polonesa* en do menor, op. 40, número 2; el *Scherzo* en do sostenido menor, op. 39, y algunos *Estudios*. También en alguna biografía se afirma que fué compuesta o planeada en Mallorca la *Sonata*, op. 35; dos *Nocturnos*, op. 37, y otra *Polonesa*, op. 40.

No es necesario subrayar el contraste que, sólo enumerados los hechos, se manifiesta vivamente entre la miseria física del artista — el estado tan precario de su cuerpo, los sufrimientos que lo acosaba su enfermedad — y su

fortaleza interior, que permitía a su genio proseguir su obra de creación. Todo comentario sería trivial, pues tanta grandeza de alma no puede ser explicada con palabras. Consumido por la fiebre, con el rostro desencajado y los ojos extraviados, sufriendo angustiosas alocuciones, pasaba horas y horas ante su piano, y sus dedos no cesaban de recorrer el teclado. George Sand y su hijo fueron un día a la ciudad y, cuando regresaban a Valdemosa, les sorprendió una pavorosa tempestad. El viaje, que pensaban hacer en tres horas, duró siete. Chopin esperaba a los viajeros con creciente inquietud, el agotamiento le hizo adormecer, sentado al piano, y tuvo una pesadilla: soñó que había muerto ahogado en un lago. Cuando George Sand y su hijo entraron en la celda, lanzó un grito y exclamó: « Ya sabía que todos habíais muerto ! » Al salir de su desvarío y recobrar la lucidez, habló del sueño que había tenido y tocó una composición. Quiere la leyenda que esta composición sea el *Preludio* llamado de las gotas de agua.

Indudablemente, la contemplación de los espléndidos paisajes de Valdemosa, inundados de sol o velados por las nieblas y las lluvias; la soledad y el silencio de la cartuja o el estrépito de las borrascas; las impresiones que debían dejar en su alma, tan sensible, los incidentes derivados de las circunstancias que, según el relato de George Sand, caracterizaron tan singularmente su estancia en Mallorca, pueden haber sido estímulos que hayan excitado las facultades creadoras de Chopin. Pero creemos que sólo con muchas reservas puede ser acogida la atribución de argumentos, programas o intenciones descriptivas a cualquiera de sus composiciones. Es sabido que el mismo Chopin negaba terminantemente estas intenciones, y, si las hubiera tenido, podía haber usado, al menos, títulos expresivos, como hacían sus contemporáneos — Liszt, Schumann, Berlioz —. Siendo una de las más grandes figuras del Romanticismo, Chopin no parece haber cedido más que en parte a las corrientes de este movimiento revolucionario. Por la libertad de su lenguaje musical y las innovaciones geniales que en él introdujo se alinea ciertamente entre los románticos, pero su esculpido de no dejar descender este lenguaje de las regiones de lo abstracto, esculpido al que no parece haber hecho concesiones, marca sus concepciones con uno de los distintivos característicos del clasicismo. Teniendo Chopin una asombrosa facilidad para la improvisación, componía con extrema lentitud, lo que le hacía reos de andar su respeto por la forma y la voluntad de construir su música cuidadosamente, dándole proporciones armoniosas y perfecto equilibrio, cualidades que no siempre se encuentran en las obras de sus contemporáneos.

De su paso por Mallorca no debió guardar Chopin otro buen recuerdo que el de la belleza del paisaje, y aun este recuerdo no evocaría emociones muy intensas si es cierto, como afirma alguno de sus biógrafos, que no sentía una gran pasión por la Naturaleza. Hasta es posible que compartiera el

rencor que su amiga volcó en el famoso libro solemnemente condenado, según ella asegura, por cuarenta abogados mallorquines. Pero Mallorca ha sabido pagar, también solemnemente, la deuda que contrajo con Chopin al honrar éste con su presencia al suelo de la isla. Próximo a cumplirse un siglo — nunca es tarde... — desde la fecha del viaje, acordó de esta deuda un artista al que Mallorca debe lo mejor — y quizá todo lo bueno — que allí ha sido realizado durante los últimos veinticinco años en el campo de la actividad musical. Juan María Thomas es el nombre de este artista mallorquín, compositor, músico-grafo y crítico, organista y pianista, fundador de la « Asociación Each por la Música Antigua y Contemporánea », fundador y director de una magnífica entidad coral, la « Capella Clásica », actividades todas ejercidas con eficacia y armonioso equilibrio de cualidades superiores. El proyecto concebido por Thomas para honrar la memoria de Chopin no pudo ser más acertado, ni más feliz su realización. De 1931 a 1936 se celebraron cada año en Mallorca unos grandes festivales musicales, los « Festivales Chopin », que tuvieron resonancia internacional. Tomaron parte en ellos las mejores orquestas de la Península. « Orquesta Pau Casals », de Barcelona. « Sinfónica », y « Filarmónica », de Madrid — y numerosos artistas nacionales y extranjeros. Después de los conciertos sinfónicos celebrados en Palma, se organizaba una expedición a la cartuja de Valdemosa, y en uno de los amplios corredores de sus claustros, frente a la celda que Chopin ocupó, se daba un recital de piano, con obras de Chopin, y conrado siempre a artistas eminentes. Uno de los homenajes de más relieve y que más emocionaron al auditorio fué la aportación de Manuel de Falla al adaptar para los cantores de la « Capella Clásica » un fragmento de la *Balada* en fa, de Chopin, al que aplicó el texto de la « Balada de Mallorca », contenida en el poema de Jacinto Verdaguer, « La Atlántida ». Así Thomas, investido de unos poderes que nadie en la Mallorca del siglo XX le habrá regateado, ha sabido lograr una reconciliación que no por haberse hecho esperar tan largo tiempo ha sido menos oportuna.

« Este tísico irá al infierno, porque está tísico y porque no se confiesa. »
 « Cuando muera, no lo enterraremos en tierra sagrada, y como nadie querrá darle sepultura, sus amigos se las compondrán como puedan. Yo no pienso ayudarles. »
 « ¡ Ni yo ! ¡ Amén ! »
 La desesperación y el despecho es posible que hayan estimulado la exaltada imaginación de George Sand para avivar los colores y amplificar la sustancia de sus descripciones. Pero, aun al exagerar de toda posible exageración, mucho menos de lo que ella relata era suficiente para convertir en una trágica aventura la estancia de Chopin en Mallorca. A principios de marzo de 1839, Chopin fué llevado de nuevo a Francia. Pasó un corto tiempo en Marsella, más tarde fué acompañado a Génova, y, finalmente, a Nohant, a la propia casa de su ángel tutelar y siempre bajo sus cuidados.

En medio de tanta desolación, Chopin no dejaba de componer música. En la cartuja de Valdemosa fueron concebidas algunas de las mejores páginas de su inmortal creación: los 24 *Preludios*, op. 28, y, según todas las probabilidades, la *Balada* en fa, op. 38; la *Polonesa* en do menor, op. 40, número 2; el *Scherzo* en do sostenido menor, op. 39, y algunos *Estudios*. También en alguna biografía se afirma que fué compuesta o planeada en Mallorca la *Sonata*, op. 35; dos *Nocturnos*, op. 37, y otra *Polonesa*, op. 40.

No es necesario subrayar el contraste que, sólo enumerados los hechos, se manifiesta vivamente entre la miseria física del artista — el estado tan precario de su cuerpo, los sufrimientos que lo acosaba su enfermedad — y su



ENTRE las anécdotas recogidas por André Maurois en su biografía de Federico Chopin, sustanciosa y documentada, — excepto cuando explica que un Rondó es el primer movimiento de una Sonata —, se encuentra la que nos hace saber cómo se conocieron el artista polaco y la escritora Georges Sand. Chopin se complacía en asistir a las tertulias que en los salones románticos del París de 1830 reunían a los poetas, escritores y artistas más prestigiosos.

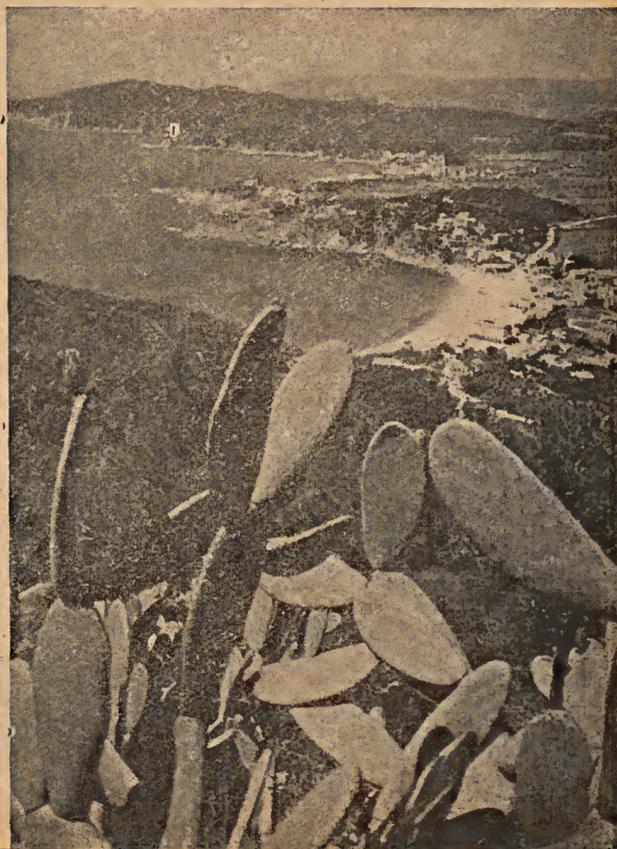
Más que para el público de las salas de conciertos, a Chopin le encantaba tocar en la intimidad para estas reducidas selecciones, en las que figuraban frecuentemente Franz Liszt, que alternaba con él en el piano, Meyerbeer, Hiller, Henrique Heine, el poeta polaco Adam Mickiewicz, el pintor Eugenio Delacroix, la cantante Paulina Viardot (Paulina García, hija del famoso cantante español), casi tan célebre por su prodigiosa voz y su arte, como por sus ojos de rana. Sólo los filósofos bartudos que también concurrían a estas veladas no compartían las simpatías de Chopin, aunque eran muy admirados por George Sand, que se deleitaba oyéndoles exponer sus

teorías audaces y sus planes revolucionarios. Parece que era de rigor se apagaran todas las luces del salón cuando Chopin se sentaba al piano. Sólo los rayos de la luna, ocasionalmente, o los destellos de la leña que ardía en la chimenea rompían tímidamente las tinieblas. « Los muebles, cubiertos de fundas blancas, tenían el aire de fantasmas atentos ». Chopin tocaba sus composiciones o improvisaciones, que, al decir de los que tuvieron la fortuna de escucharlas, eran siempre geniales y dejaban imborrables impresiones. Muy violentas emociones debían sacudir el espíritu de los oyentes, pues, al levantarse Chopin del piano y ser encendi-

das de nuevo las luces, el salón aparecía como un mar de lágrimas.

A una de estas reuniones llevó Liszt a una mujer vestida con ropas masculinas, que fumaba sin cesar y escuchaba embalsada las composiciones y las improvisaciones de Chopin. A éste le llamó la atención aquella singular desconocida, preguntó a Liszt quién era, y al responderle: « Es George Sand, la famosa novelista », replicó, por todo comentario: « ¡ Qué antipática mujer ! »

Aurora Dupin, exbaronesa Dudevant, más conocida por su pseudónimo George Sand, que había adoptado en homenaje a Jules Sandeau, su maestro y guía en sus primeras actividades literarias, era entonces una bella mujer de treinta y cuatro años. Cuando conoció a Chopin era aún reciente su última y definitiva ruptura con Alfredo de Musset, después de un borrascoso idilio, que, por cierto, tuvo grandes consecuencias literarias, ya que inspiró al poeta sus *Nuits* y su *Confession d'un enfant du siècle*, y a la novelista su obra *Elle et Lui*, publicada años más tarde. Así, pues, aparte la sugestión que Chopin ejercía sobre las mujeres, parece explicarse también por la momentánea situación de George Sand la súbita inclinación que sintió



ARTE Y ARTISTAS

JACQUES DELAHAYE

DELAHAYE, francés de París, con ramificaciones ascendentes en las nieblas nórdicas de la Lorena y las brumas atlánticas de Bretaña, originario, artísticamente, de la Escuela de Artes Aplicadas y la de Bellas Artes de París — cosa prodigiosa, puesto que anulan sistemáticamente todos los años a varios cientos de artistas en ciernes —, demuestra hoy, a los 26 años, que es uno de los futuros escultores llamados a dar días de gloria a la continuación de la maravillosa aventura francesa dentro de la línea del arte universal.

Es difícil clasificar con una etiqueta o un « ismo » la obra de Delahaye, el cual, en la producción moderna, se revela furiosamente independiente, ignorando por propia voluntad ciertas convenciones y disciplinas que transforman la escultura actual en una producción stajanovista monótona e impersonal. Sus esculturas son ingravidas, transparentes, ligeras y misteriosas, la materia se reuerce, se derrama, se esparce, aparece y desaparece, en un clamor sordo de violencia y revuelta; en un manojito de venas, nervios y pellejos; en un caos de exuberancia tentacular y fascinadora que desconcierta, ni más ni menos que desconcierta todo lo que se anticipa a su época y se separa de una estética que, a pesar de su estridencia — su « snobismo » — se ha convertido en rutinaria y « pompierista ».

En su creación, Delahaye omite rigurosamente la representación humana, representación que él considera digna del mayor respeto, como una gran arquitectura, realizable sólo en noble materia y magnitudes equivalentes. Lejos de los *Desnudos* y *Muternidades* triviales, rompe la limitación de la escultura y huye constantemente del animal bipedo para, en fin, rodearse de una humanidad muda que marcha a cuatro patas o que, simplemente, se arrastra o vuela, y que, a través de sus dedos y de su espíritu, aparece como un pequeño prodigio arquitectónico que guarda una relatividad equilibrada y firme con la gran construcción humana, la relatividad de la base, de las fuentes, de los orígenes, lo que supone una incorporación serenamente plástica a los problemas terribles de nuestro tiempo, a la amenaza cargada de sombras que nos cubre a todos, en una estilización que, al propio tiempo, es emoción y desintegración de la forma de la materia y de la idea, como una vuelta desesperada a la nada de lo que de la nada sale, como un alfa y omega de la creación, de la vida y de la muerte.

Delahaye es un escultor!
G. T.

EN ANGERS

Simultáneamente, y con el propósito de descentralizar el movimiento artístico de París hacia las provincias, se celebró en Angers una gran exposición de escultura, con la participación de 20 escultores de la capital, entre los que destacamos varios, como *Brown*, mórbido y atormentado, *Etienne Martin*, epopéyico y sensual, *Pinto*, surrealista inquietante, *Delahaye*, hermético y vibrante, *Stahly*, elegante, aéreo, así como *César*, *Gilioli*, *Walberg*, *Falkenstein* y otros.

La exposición fué seguida de una interesante conferencia sobre la sensibilidad moderna y el arte contemporáneo, por

La serpiente, escultura de J. Delahaye.

el doctor Roumeuguère, pronunciada en el Teatro de la Cité.

LUIS FERNANDEZ

Este pintor expone — hasta el día 10 de marzo — sus pinturas y dibujos en la *Galería Cahiers d'Art* (14, rue du Dragon). Su obra produce inmediatamente una profunda impresión, tanto por la concepción de los cuadros como por la factura de su ejecución. Aunque son pocas las telas presentadas, resultan más que suficientes para formarnos una idea muy favorable del artista y sentir el deseo de ver con más detalle el conjunto de su obra. Una objeción cabe, en cambio, respecto a la presentación de sus dibujos, pues creemos podía haber prescindido del dibujo de la rosa, el cual parece realizado por el artista mientras escuchaba a un conferenciante aburrido.

LATORRE

En la *Galería Art Vivant* (72, Boulevard Raspail), este escultor ha expuesto, durante el mes de febrero, sus esculturas. Formas aéreas, sin líneas de intersección, y una predilección por las formas que modelan sugestivas curvas, proseguidas, algunas veces, fuera de la escultura.

UNA EXPOSICION DE ARTE ESPAÑOL EN GINEBRA

A fines del siglo pasado, el café barcelonés « Els 4 gats » acogía regularmente un grupo de artistas e intelectuales, entre cuyos tertulios más asiduos figuraban Pablo Picasso y Sebastián Sunyer. Un día, como símbolo de amistad decidieron hacerse y regalarse recíprocamente el retrato. Pues bien; el cuadro pintado hace medio siglo por Picasso ilustrará el cartel de la exposición que debe inaugurarse en el Museo de Arte e Historia de Ginebra el día 17 del corriente mes. Esta exposición — ya se considera como una de las más sensacionales que se han organizado en Europa — presentará cuarenta obras del pintor malagueño, correspondientes a su periodo azul, las cuales están estimadas, en el conjunto de su obra, como las partes más importantes, tanto por su espíritu innovador como por ser el punto de partida de su prodigiosa facultad de invención todavía no agotada. Se trata de visiones monocromáticas de un mundo « picassiano », con un dramatismo que adquiere proporciones no superadas en el rostro extenuado de sus personajes de circo o callejeros y en sus retratos. Dichas telas atraviesan por primera vez la frontera española y sólo son conocidas en el extranjero, a través de sus reproducciones. También se presentarán las obras del pintor catalán Nonell, más conocido en París que en Madrid, artista que en vida sufrió los ataques encarnizados y casi unánimes de la crítica, recibiendo la consagración definitiva años después que su cuerpo reposaba bajo tierra. A este conjunto se agrega la obra del eximio escultor Manolo. En resumen, tres personajes de leyenda: Picasso, Nonell y Manolo, que son también tres maestros y representan tres verdaderas escuelas.

La pantalla

" LOLA MONTÉS "

Película franco-alemana. — Dirigida por Max Ophuls. — Diálogos de Jacques Natanson. — Música de Georges Auric. — Interpretada por Martina Carol, Peter Ustinov, Anton Walbrook, Henri Guisol, Lise Delamare, Will Quadflieg, Paulette Dubost, etc.

RECORDABAMOS, al salir de la sala cercana al Arco de la Estrella, después de haber asistido a la proyección de « Lola Montes », la crítica intencionada de Miguel de Unamuno al juzgar a los oradores sagrados que, tras una peroración de varios cuartos de hora con módulo dogmático y orla racional, daban fin a la plática con la acostumbrada fórmula: « Queda, pues, evidentemente demostrado... » por si los feligreses « no nos habíamos dado cuenta ».



Martine Carol en « Lola Montes ».

La variante de esta cinta consiste en que el anuncio nos lo hacen al empezar, advirtiéndonos que se trata de una revolución en el arte de dirigir una película, (por si acaso no nos damos cuenta) y lo curioso es que, después de habernoslo dicho, no compartimos tal afirmación.

Max Ophuls ha realizado la cinta rememorando el estilo de los trovadores que iban de burgo en burgo y de castillo a plaza cantando las gestas y desgracias de caballeros y doncellas, o mejor, en el estilo de esos narradores de vía pública, que recordarán algunos de nuestros lectores, pues no hace tanto tiempo actuaban en España, provistos de una tela toscamente policromada y explicando a los ociosos que atraía el significado de cada imagen.

También recuerda « Lola Montes » aquellos « explicadores » que abrieron camino al arte de las salas oscuras, aclarando el sentido de las proyecciones antes de que éstas adquiriesen movimiento, sonido y color.

No tiene fuerza el guión. Le falta el calor verídico que acompaña a toda biografía. Y es que Max Ophuls se ha desentendido del argumento. Se nota que el esfuerzo va dirigido al estilo y no al asunto. A la forma y no al fondo.

Nadie podrá negarle su fantasía y su preocupación por asombrar a los espectadores sacándoles de los terrenos trillados, pero el resultado creemos que no corresponde a los propósitos. Tres han sido sus puntos de apoyo principales: el movimiento de la cámara, la composición de las escenas y el color. El objetivo sigue a los personajes, acompañándolos en sus desplazamientos y recogiendo sus imágenes en el mismo plano, aunque el desnivel de sus distintas posiciones sea de varios pisos; la composición de las escenas es original a fuerza de recargar los accesorios, cortinajes, etc., resultando demasiado abigarradas, y el color le permite al realizador una gran libertad, tiñendo el rojo en azul, el blanco en verde y el sepia en negro sin ninguna vacilación. Si añadimos algunos rasgos humorísticos (como el dejar una parte de la pantalla en negro, apareciendo en la otra el rostro de uno de los interlocutores, y tapando a éste para dejar visible al otro, lo que obliga al espectador a mover la cabeza con un movimiento idéntico al de los espectadores de un partido de tenis) y algún otro detalle más, poco queda de original.

Sabemos que Anton Walbrook es un gran actor desde que era alemán y se llamaba Adolf. En « Lola Montes », destaca por su seguridad, empaque y dominio; Peter Ustinov, en el papel de explicador, substituyendo la varita indicadora por el látigo de circo, que hace chasquear intermitentemente, está demasiado flojo y linfático, faltándole la autoridad que se ve siempre en los directores circenses. Martine Carol no tiene esta vez con los espectadores del sexo fuerte esas amabilidades que tanto se le agradecían; teñida o retenida de negro, continúa estando guapa, pero menos provocativa, y, en cuanto a su labor como actriz, esperaremos su próxima película para poder descubrir, alborozados, unas eminentes cualidades dramáticas.
Federico AZORIN



La leyenda de los sumeroaccadios y las dos Iberias

Si el origen atlántico de los iberos resulta sumamente problemático, basándose en leyendas e hipótesis acopladas a una realidad, cual la de la influencia ibérica determinante en el desarrollo de las culturas y civilizaciones prehistóricas de Europa, las pruebas para determinar los orígenes ibéricos dentro del étnos indoeuropeo o sumeroaccadio lo son más, con el defecto de no tener aquí el socorro fácil del mito. Esta atribución coincide con la de haber sido poblada Iberia gracias a tribus llegadas del Asia, por cuanto sumeroaccadios e indoeuropeos son también originarios de dicho espacio geográfico. Actualmente, esas teorías deben considerarse fallidas, y de ellas sólo queda como una reminiscencia, la de que en pleno apogeo del arte cántabropirenaico y el del Levante español, poblaciones llegadas de Oriente se establecieron en la península, influyeron en el mencionado arte y acrecentaron — según J. A. Mauduit : « 40.000 ans d'Art Moderne » — su estilización. Esta es la expresión más reciente, pues data de 1954. Mostrándonos a los asiáticos, no como engendradores del pueblo ibero, sino en la función secundaria de influyentes en su étnos.

Nada mejor — para saber qué hay de cierto respecto a la población de la superínsula ibérica por parte de colectividades humanas establecidas antiguamente en el fértil callejón asiático que el Eufrates y el Tigris riegan — que enterarnos de sus orígenes, su acción histórica y radio de expansión. Todo pueblo que entró en la Historia tuvo su ciclo, su momento ; y, por lo general, a ese pueblo preponderante se le atribuye originalidad, genio creador, hasta que un día se descubre no ser suya tal originalidad, sino recibida de otros que habían pasado antes, cuya existencia era ignorada. Esa existencia se descubre posteriormente, y con ella el papel representado, mediante la clasificación y reclasificación basadas en realidades cada vez más exactas, más concretas, a las cuales contribuyen el apogeo actual de la arqueología, la etnología, la antropología y demás ciencias, sin las cuales la Historia no puede explicarse.

Las primeras grandes civilizaciones de Asiria y de Babilonia se encuentran en este caso, con relación a los sumeroaccadios. Como con la anatomía comparada de Cuvier y la antropología comparada de Haeckel, los arqueólogos que estudiaban los yacimientos, escritura y conocimientos de las antiguas civilizaciones mesopotámicas, habían, en principio, señalado la hipotética existencia de un pueblo anterior al asirio y el

caldeo-babilónico, de cuyos elementos eran éstos sus continuadores. Aunque faltaban las pruebas materiales, se dió a ese pueblo un nombre : el de *accadio* ; después, *sumero*, siendo refundido al fin por el compuesto sumeroaccadio, que representa más concordancia con el medio geográfico de su desarrollo y el étnico de su característica.

Cuarenta años después de la primera conclusión, al hacer excavaciones al pie de una colina, Pablo Emilio Botta descubrió una estatua de factura desconocida, encontrándose así los primeros restos de ese pueblo previamente imaginado. La estatua aludida representa al desde entonces célebre rey pastor Gudea, y data nada menos que de 4.000 a 3.000 años antes de la Era vulgar. Los descubrimientos arqueológicos se prosiguen, y, en 1927-1928, el inglés Woolley, al querer exhumar la antiquísima ciudad de Ur, patria de Abraham, a orillas del Eufrates, descubre abundantes tesoros que ponen a la luz del día toda la historia del país de Sumer, y con ella la descripción del fenómeno natural del diluvio. Esto descubre también la impostura de la Biblia, que, además, procede de un plagio. Los fundamentos de la religión hebraica, ordenados por Abraham, proceden de las religiones persas y mesopotámicas, igual que los elementos monoteístas del iracundo Jehová son arrebatados al Señor

Marduk, dios inmisericorde de la cruel teocracia asiria, y los dualistas de dios y el demonio, al Zoroastro persa.

La leyenda bíblica es copia, como decimos, de la sumeroaccadia, y el arreglo que de ésta se hace resulta menos noble, menos elevado. Al respecto, Eliseo Reclus observa perspicazmente en « El Hombre y la Tierra » : « La leyenda del diluvio, tal como la cuenta Beroso, testimonia el respeto que los babilónicos profesaban por los libros (escritura sobre ladrillo) en los orígenes de su historia. La primera recomendación

que significaba el acaparamiento, por parte del Estado, de toda función social y jurídica de los hombres. En el derecho sumero se distinguen dos clases : los hombres libres y los esclavos, permitiendo a éstos, no sólo el ser escuchados por el juez, sino también reivindicar su libertad. El código de Hamurabi, por el contrario, estipula : « Será castigado con la muerte o arrancados sus ojos, todo aquel que robara un esclavo a su legítimo dueño, que diera cobijo al esclavo fugitivo o quisiera borrar su marca (hecha con un hierro candente o con

por FABIAN MORO

hecha a Zisuthros (que los hebreos llamaron Noé), en previsión del gran cataclismo, fué la de coger el comienzo, el medio y el final de todo lo consignado por escrito y de enterrarlo bajo la villa del sol — Sippara —. Mientras que la misma leyenda de la inundación universal, reproducida por los hebreos, menciona solamente las precauciones necesarias para la perpetuación de las especies animales, el relato de Beroso señala ante todo la solicitud del dios salvador para que se preservasen los tesoros del pensamiento ».

¿ Cual es, pues, el origen de ese pueblo antiquísimo ? ¿ Cómo adquiere los elementos culturales y artísticos tan desarrollados con varios siglos de anterioridad a los del Egipto faraónico, los cuales han sido considerados durante mucho tiempo como los más antiguos de la humanidad ? Podría haberse creído que eran semitas llegados del Yemen arábigo en distintas migraciones, motivada, al parecer, la primera de éstas, por el crecimiento de la población — según J. Pirenne : « Les Civilisations Antiques » —, la segunda, por la dinastía de Hamurabi, y llegaron después los hebreos. Las tribus semitas de Arabia se instalan a lo largo del Tigris, caudaloso y rápido hasta la brutalidad, y el Eufrates, quietado y perezoso, que, nacidos ambos de manantiales armenios, van a morir en el remanso del Golfo Pérsico. Este territorio fértil — hoy casi yermo —, considerado como lugar de origen de la civilización agrícola y punto de partida de la difusión de la cultura humana, fué predestinado para el hombre prehistórico al salir del último período glacial.

Señalemos — a pesar de que la Alta Mesopotamia desarrolla la civilización asiria, megalomana y sanguinaria, siendo el lugar en que se fijan los pueblos semitas que mantienen estables sus caracteres etnoantropológicos peculiares —, que los parajes meridionales reciben la visita de otros pueblos no semitas, y éstos son los que desarrollan e irradian los elementos de una de las civilizaciones antiguas. Según la documentación que C. W. Ceram recopila en « Des dieux, des tombeaux, des savants », « los sumeros llevaron una civilización superior, acabada en sus trazos esenciales, que impusieron a los semitas semibárbaros ». ¿ De dónde proceden, en fin, esos sumeroaccadios ? « Acaso — dice Ceram — llegaron de la meseta del Iran, acaso de las montañas de Asia ». Gustavo le Bon desecha, desde luego, la hipótesis que los hace llegar de Etiopía, y no les cree tampoco salidos del grupo semita. Considera más pronto a los sumeroaccadios pertenecientes al grupo turenio, que, atravesando la Mesopotamia, se instala en los llanos de lo que después fué Caldea y Babilonia. Igualmente, Reclus alude a ellos diciendo : « esos turenios fundaron las primeras ciudades en el bajo llano de Mesopotamia y grabaron inscripciones setenta siglos antes que nosotros... » A su vez, J. Pirenne asegura que, en el período neolítico, unas hordas, procedentes de Asia, se establecieron en la Mesopotamia meridional y forjaron la civilización más antigua de la tierra. Añadamos que Hamurabi el babilónico fundó su código en el derecho costumbrista sumero, dándole un sentido centralista y cruel

la punta del cuchillo) para imponerle otra particular ». (1)

Gonzalo de Reparaz, en « Geografía y política », apreciaba en los sumeros uno de los elementos étnicos fundamentales de los caldeos, y les suponía asimismo, por su lengua, de origen uraltaico. Es probable, sin embargo, que los sumeros fueran armenios — que trabajaban ya la alfarería —, los cuales siguieron el cauce del Eufrates desde sus manantiales y se instalaron al borde del mismo en su curso inferior, donde encontraron un fuerte grupo semita : el de los accadios, que, llegado del Yemen, luchó durante largos periodos con los países de Sumer, hasta que, al fin, se fusionaron. De ahí resultó un etnos común, pero con preponderancia directora e intelectual sumera, cuya población, en el comienzo, es de morfología braquicefala, con frente baja y nariz aguena.

L. Lambotti, en el cuadro prolijo de su teoría sobre el origen y difusión de la civilización, atribuye, desde luego, a los presumeros y sumeros un origen armenioide, es decir, el de los famosos arqueros braquicefalos que — una vez retirado el frío y el hielo del glacial —, atraídos por la fecundidad uberrima del suelo mesopotámico, se instalan allí e inician la civilización agrícola y urbana.

Cuando, andando los siglos, el elemento semita apiasta o dispersa a la población sumeroaccadia, pierde ésta definitivamente su influencia directa y queda diseminada en la periferia de su centro colonizador, dejando la riqueza de su arte, su técnica agrícola, su escritura y su arquitectura a los nuevos amos. Así surge Caldea y, después, Babilonia, igual que, arriba, en la Alta Mesopotamia, con la influencia del saber sumeroaccadio, aparece Asiria, y, seguidamente, Ninive. Pero aquí participa también el elemento elamita, civilización antiquísima también, que floreció en torno a Suse.

Del éxodo sumeroaccadio, de esa migración definitiva se ha podido colegir que pobló Iberia. Pero, ¿ en qué testimonio apoyarse ? El apogeo de la civilización sumeroaccadia dura hasta el tercer milenio antes de Cristo. Las conquistas no imponen un éxodo total, puesto que existe un período sumerobabilónico que podemos llamar de transición en la primera mitad de ese III milenio. Las primeras inscripciones semitas puras aparecen con Sargon 1º, dueño de Mesopotamia (2637-2582), y, por esas fechas, hace ya miles de años que la superínsula ibérica está poblada, sus grupos etnoantropológicos definidos y asentados ; incluso el desarrollo de una civilización prehistórica manifiesta su influencia en los confines de la Europa atlántica. Por otra parte, ¿ qué masa de población, con sus características étnicas intactas, puede admitirse que, desde el lejano Golfo Pérsico llegara al extremo del Mediterráneo occidental ? Además de que la población sumeroaccadia no era muy abundante, los factores inmediatos de dispersión influyeron sobre ella ; pero, aun admitiendo que acostaran en las riberas ibéricas grupos importantes de esos sumeroaccadios, ¿ puede creerse que llevarían consigo los tesoros de su arte y su ciencia, y hubieran forjado, con todas las modificaciones inherentes al nuevo centro elaborador de cultura, una segun-

• Pasa a la página 15. •



« Robinson Crusoe », una de las ilustraciones de Bartoli.

(1) Les Civilisations Antiques

LONGEVIDAD DE GOETHE

POR

ALFONSO REYES



los cuarenta años aún se busca. Su cañón lleva una parábola de ochenta. La curva balística de su vida asciende cuando ya la de sus coetáneos declina. Conserva plasticidades cuando éstos ya cristalizaron. El deslíz del pie de un gigante — decían los griegos — es carrera para un enano. La unidad de percepción del tiempo — teoría de Baer — cambia con la dimensión

de cada vida, de modo que para todas las vidas el total de los instantes percibidos sea el mismo. El hombre medio percibe, como unidad de tiempo 1/16 de segundo. La efímera, que vive un día, percibe unidades mucho más pequeñas y en el término de breves horas realiza una evolución completa. Lo que para nosotros es fugaz, es lentísimo para la efímera, y ve la bala del revólver parada en su trayectoria, como vemos nosotros el inmenso proyectil del sol. El Matusalén ideal que viviera mil años hallaría que el sol cruza como un rasgo de fuego. No veía los días y las noches, sino un temblor de luz y sombra. Longevidad significa lentitud biológica. Lentitud biológica significa trabajo intenso de las hormonas retardatorias, juego poderoso de frenos, mayor humanización del hombre, dignidad zoológica de la especie cuyos ejemplares tardan más en andar, en alimentarse por sí solos, detención de las mandíbulas en la forma redondeada del feto sin llegar a desarrollarse en el hocico animal (Bolk). Goethe, humano demasiado humano, va despacio. Lavater le reprochó un día : « Te conduces en todo como si debiéramos vivir trescientos años ».

Todo en Goethe viene a decirnos : vivirás no menos de ochenta años. En la célebre conversación narrada por Falk, aquella del 25 de enero de 1813, cuando los funerales de Wieland, donde vemos a la mónada Goethe increpar y amenazar a la mónada del perro, Goethe elogia francamente a Wieland por haber vivido muchos años, al contrario de Rafael o de Kepler, que se dejaron morir, aquél, a los treinta, y éste, a los cuarenta, más o menos.

— ¡ Cómo ! — interrumpe Falk — Habla usted de la muerte cual si dependiese de nuestra voluntad ?

— Así suelo consentírmelo — contesta Goethe. Y explica sus razones.

Remóntase aquí en una teoría leibniziana que le lleva a hablar de las almas imperiales, las que atraen y absorben cuanto las rodea, convirtiéndolo en cosa propia ; y a divagar sobre las almas de los mundos y las estrellas, en términos que hacen recordar aquellas fantasías de Kepler respecto a la « fuerza animal » que mantiene en sus órbitas a la tierra y a la luna y algunas otras extravagancias pitagóricas que hay en el *Epítome a Copérnico*. Estas mónadas, dice Goethe, estas almas son indestructibles, y cuando parecen deshacerse es porque modifican su relación con las fuerzas ambientales. En esta modificación interviene siempre — en diverso grado, según la escala o jerarquía, resabio de Swendenborg — la intención de la mónada.

La muerte, con razón llamada disolución, es aquel acto de la mónada imperial que resuelve dejar en libertad a las mónadas sometidas a su servidumbre. Y este acto, que significa una desaparición del conjunto llamado persona — término opuesto al acto de la aparición o nacimiento —, son decisiones libres de la mónada imperial, cuya esencia ignoramos de modo absoluto. No le asombraría a Goethe, después de millares de años, el que la mónada Wieland, desprendida de sus antiguos elementos accesorios y en una nueva combinación, se incorporase en estrella de primera magnitud y reconfortase con su dulce luz a las cosas que la rodean.

Conversando, años más tarde, con Eckermann y Soret, les dice :

— Nuestro Sömmering, el cuitado, se ha dejado morir a los setenta y cinco. ¡ Pobre gente, sin valor para

conservarse más tiempo en la vida ! En cambio, para mi amigo Bentham, ese loco tan radical, sea el elogio, sea la alabanza : me lleva unas semanas y se mantiene admirablemente... Pero hay una diferencia : ¡ yo soy una raíz y él es un « radical » ! (1)

A la desaparición de la Duquesa Amalia, hablaba con Soret de la célebre Ninon, joven a los noventa años, porque poseía el arte de conservar su equilibrio y de no atormentarse por las cosas terrestres más allá de lo que merecen. Ni siquiera le atemorizaba la muerte. De todo gustó con placer, pero sin pasión. No exageraba los dolores que nos es imposible evitar, ni rechazaba los goces que le ofrecía la suerte. ¡ Cuán pocos saben hacerlo ! (2)

Goethe pasaba a la sazón de los ochenta, y todavía viviría unos dos años. ¿ El regreso voluntario a Matusalén, de que habla Shaw, otro longevo ? El argentino Mitre, muy a lo criollo, había dicho ya antes : « No hay que morir joven. El que sobrevive a sus coetáneos siempre acaba por tener razón ».

(1) *Eck.*, 3a, pte., 17-III-1830 ; *Soret*, 19-III y 23-IV-1830.

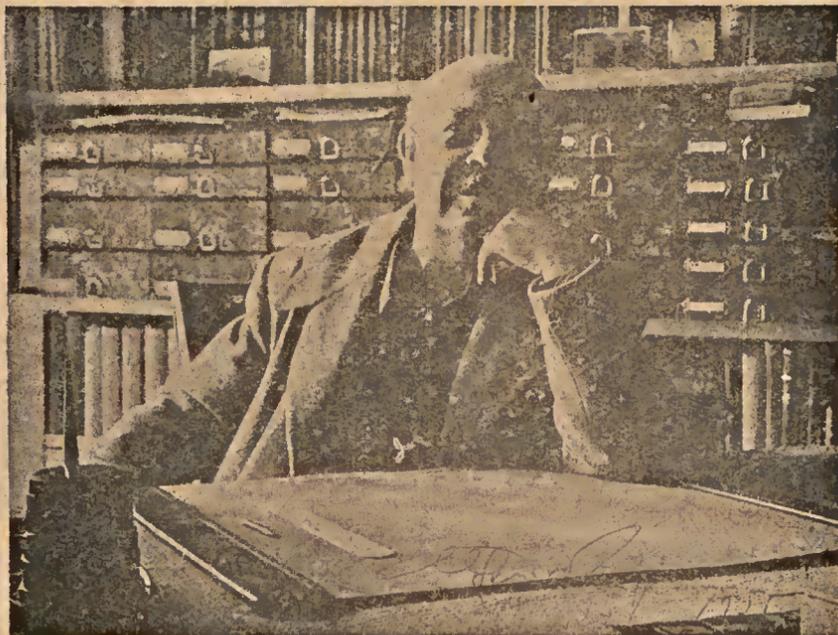
(2) *Soret*, 14-II-1830.

Pero la voluntad de vivir no debe ir más allá de la propia misión. « El hombre debe ser aniquilado. Cuando ha cumplido su misión, ya no hace falta en el mundo : ¡ que la Providencia lo emplee en otra cosa ! ». Según esto ¿ Goethe se dejó morir voluntariamente, cuando lo consideró oportuno ? El 28 de mayo de 1819, sorprende a Müller y a Julia de Egloffstein por la certeza y serenidad con que habla de su muerte, como si le fuera asunto conocido. Por febrero de 1823, la muerte se le andaba ofreciendo. Los médicos se mostraban algo indecisos. El decide manejar la muerte napoleónicamente, y ordena un vaso de agua de Kreuzbrunnen : « Si he de morir, que sea a mi manera ». Y la muerte, por lo pronto, pide disculpas y se aleja. (3) En los primeros meses de 1831, casi acabado el segundo Fausto, dispuso así de su existencia : « Lo que aún me quede de vida, será un reglao ; me es indiferente lo que pueda hacer en adelante ». Es la sentencia de muerte que la mónada se dicta a sí misma. Por impulso adquirido, vivió todavía hasta el 22 de marzo del siguiente año.

(3) *Müller y Soret*, 24-II-1823.

Alfonso Reyes es uno de los más altos valores de las letras hispanoamericanas contemporáneas. Nació en Monterrey el 17 de mayo de 1889. Estudiante en Derecho, fué fundador de la cátedra de Historia de la lengua y literatura españolas en la Universidad de México. En 1914 formó parte de una comisión para realizar estudios en los archivos de Europa. El mismo año se trasladó a España, donde residió hasta 1924, participando en la labor del Centro de Estudios Históricos y activamente en el periodismo. Su inquietud con respecto a los valores culturales se revela, fundamentalmente, en los ensayos y libros de crítica : *Visión de Anáhuac* (1915), *La experiencia literaria* (1924), *Homero en Cuernavaca* (1949), así como en sus traducciones de Mallarmé, Chesterton, Sterne, etc., en cuidados prólogos y ediciones de clásicos castellanos. Dentro de lo que podríamos llamar campo de la creación, produjo numerosos y felices cuentos, como *El plano oblicuo*, (1920), un drama de evocación helénica *Ifigenia cruel* (1924) y, su poesía, de expresión moderna, es tan significativa por la esencia popular cuanto por la tradición culta : *Huellas* (1922), *Yerbas de Tarahumara* (1934), *Cantata en la tumba de Federico García Lorca* (1937), *Algunos poemas* (1941), etc.

Alfonso Reyes asume, desde el año 1939, la dirección del Colegio de México. En 1945 le fué otorgado el Premio Nacional de Ciencias y Artes por su libro *La crítica en la edad ateniense*. Es Doctor honoris causa de varias universidades, miembro de la Academia mexicana y miembro correspondiente de la Academia española. Lo más significativo de su obra lírica ha sido recopilado en 1952 en un volumen que lleva por título : *Obra poética*.



Una reciente foto de Alfonso Reyes.

UN CIRIO POR MI ANIMA EN CADA RASCACIELOS

Dejé España en mal hora porque quiso el infierno, y voy por Yanquilandia como un mendigo ciego, implorando limosna de un mendrugo de suelo : ¡ mi leal infortunio me sigue como un perro !

De puertas y ventanas me gritan : « ¡ Estrangero ! », por llamarme apestado con el más duro término. ¡ y puertas y ventanas se cierran con estrépito !

¡ Ay, se me cae encima y se estrella en mis huesos, como una vidriera grandiosa, el firmamento, con su sol y su luna y todos sus luceros !

Llevo a España en el alma, y en la carne la siento como cien losas sobre mi miserable cuerpo : ¡ Yo me muero « de ansia de España » ! ¡ yo me muero !

(¡ Ay, qué bella la muerte si España fuese el cielo !).

Sin pisar — a caricias de pies — su blanco suelo, sin respirar su aire (que es maternal aliento), sin verla — con los ojos comiéndomela a besos —, y hasta sin la esperanza de morir en su seno, el alma se me tumba, cadáver en el féretro de este dolor que arrastro como un coche de muertos...

¿ Por qué, fuera de España, tiemblo y lloro de miedo ? ; ¿ qué soledad me aúlla ? ; ¿ de qué fríos me hielo ? ; ¡ Tierras llenas de vida me parecen desiertos ! ; ¡ ciudades populosas, camposantos inmensos ! ; ¡ Cómo doblan campanas ! ;

¡ cómo me graznan cuervos ! ; ¡ cómo me canta lúgubres misereres el viento !

Arrancado de España, voy detrás de un entierro por una carretera larga, de cementerio : ¡ Arde el sol como un hacha funeral en el cielo !

Sin España en mi vida, ¡ yo mismo soy el muerto, y en la capilla ardiente de Yanquilandia enciendo UN CIRIO POR MI ANIMA EN CADA RASCACIELOS !

LA CADENA

El mundo en que nos hallamos es un presidio en que estamos cumpliendo pena, y el dolor es la cadena que arrastramos.

Alfonso Vidal y Planas

SOCIETE PARISIENNE D'IMPRESSIONS
4, rue Saulnier — PARIS (IX^e)

LA BOTELLA DE ACEITE

EL sobrestante nuevo en sustitución del viejo, con muchos años de buenos servicios y recién difunto, entró en la casa contra el parecer y consejo de personas razonables que conocían sus mañas. Con todo, nadie negaba las condiciones reunidas para dirigir la casa de labor más importante, ni su saber de lo rústico de cada quisque, siendo verdad que en materia de campo era tan baquiano como el primero. Examinó, pues, el estado de las heredades que componían el patrimonio de los Arana, a fin de darse cata de lo que aquéllas exigían con mayor priesa, hecho lo cual entró en funciones.

Llega, sofocada, doña Ramos. Cecilia levanta los ojos del ganchillo. Las diez en el reloj de música.

— Hija, a sermonearos vengo. Que deje los libracos tu marido y suba oirme.

— Cálmate, cálmate... ¿Y, sobre qué?

— Al respecto del Catañaño Malo, hermano de Chotacabras Peor. Para que sepas a quién diste entrada en tu casa. En la del Nuncio obran con más seso.

— No hago caudal de tus palabras. — Pía, el caldo de mi madre.

Una criada vieja trae el caldo de ordinario y lo sirve a doña Ramos, después de airearlo con la cuchara.

— ¿Cuál es la razón de tales motes?

— Pues la razón, con permiso de ustedes...

por **PUYOL**

— A usted, Pía, no le dan vela en este entierro.

— Consíentele alumbrar, si saberlo deseas.

— Pues el mote viéneles de lo que escudriñan de día y « aroñan » de noche, pues éstos son ejecutores de a pena de muerte tocante a los frutos ajenos, pues velan en competencia con las aves nocturnas, así como la cataña y el chotacabras, pues... más claro, agua.

— Partíos a vuestros quehaceres. Dejadme en paz.

Ni el señor ni la señora tienen criterio en asuntos de campo, con ser del quiñón, obtenido en herencia, de lo que dependen: el señor es-

cribe — no para el público —, la señora reza. Pero la hacienda no se atiende con la pluma ni con el rosario, y ahora que falta el probó Eulogio, mucho menos.

Año de nieves. Por fuera, todo blanco: helor, serenidad, luna. Du-

rante la sonochada, el personal de casa y de fuera ocupa los bancos y banquillos en la gran cocina, platicando al amor de la lumbre. Una charada tras otra, una samanta de sarmientos tras otra... Algunas viejas traen consigo la rueca, otras las agujas de la media, otras el sueño a punto, queriendo y no pudiendo vencerlo. Tertulia de poca conversación y silencios hendidos de maquinaciones. El sereno canta las diez.

Momento de preparar los farolillos y de echarse la saya por la cabeza para salir a la calle.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Conduce Pía, en posesión de las llaves de la requisa. Los de la « otra casa » — doña Ramos, don Senén, las hijas solteras y el hijo mozo — esperan el compango de diario para irse. La última charada, el postre calentón. Vuelve Pía con una botella de aceite en la mano.

— Señora, esto...

Todos miran la botella que muestra la criada.

— ¿Dónde estaba?

— Estaba en el cuarto del horno, debajo de un odre.

— Cataña... El cachicán nuevo, « in principium » de la cachicane-ría.

— ¡Manchego, qué vergüenza!

— ¡Bah!

— ¡Buen comienzo!

— ¡Haced el favor...! Y usted, Pía, ponga en el mismo sitio la botella.

— ¿Para que se la lleve?

— Sí.

Doña Ramos argumenta.

— Amparar el robo es más delictivo que robar.

El cabeza de casa:

— ¿Y dónde empieza el robo?

— Vaya, hasta mañana.

— Si Dios quiere.



BERNARD BUFFET, con sus 28 años, es uno de los pocos pintores franceses actuales que el mundo entero disputa sus telas. Este artista presenta anualmente en París sus cuadros en relación con un tema particular. El circo ha sido su motivo de inspiración para exponer días pasados en la galería Drouant-David, 52, Faubourg Saint-Honoré, donde reunía nada menos que 26 lienzos, así como 32 acuarelas en la Galería Visconti, 35, rue de Seine. Dos de sus magníficos lienzos reproducimos aquí. Señalemos, como prueba del éxito de Buffet, que todos sus cuadros sobre el circo fueron vendidos el día de la apertura.



CORREO DEL LECTOR

— Lucio Agustí, Burdeos.
— Se han conocido, antes del peronismo, formaciones llamadas de « descamisados » ?
— Los peronistas, en efecto, utilizaron la bandera de los « descamisados » con fines demagógicos, pero no han sido quienes idearon el término. En distintos países de habla española se ha empleado para designar a los parias en rebeldía contra los amos, y el antecedente histórico debe situarse en España mismo, pues ya en 1820 dábale ese nombre a los liberales.

— Luis Remartín, Bruselas.
— Pueden indicarme algunos de los nombres de judíos hispanos distinguidos en el destierro ?

— Entre los judíos expulsados después de la Reconquista, pueden considerarse de mayor relieve :

Elias de Montalto, médico y oculista de María de Médicis ; Isaac Orobio de Castro, uno de los médicos de Luis XIV ; Jacobo Rodríguez de Pereira, que introdujo en Francia el arte de enseñar a hablar a los mudos.

También procede citar a Spinoza, descendiente de judíos españoles, el gran filósofo de Amsterdam, considerado como el intermediario entre el gran movimiento racionalista árabe israelita que procedía del sur de España, en el siglo XII, y el movimiento enciclopedista de la Europa del siglo XVIII.

OPINIONES E INICIATIVAS

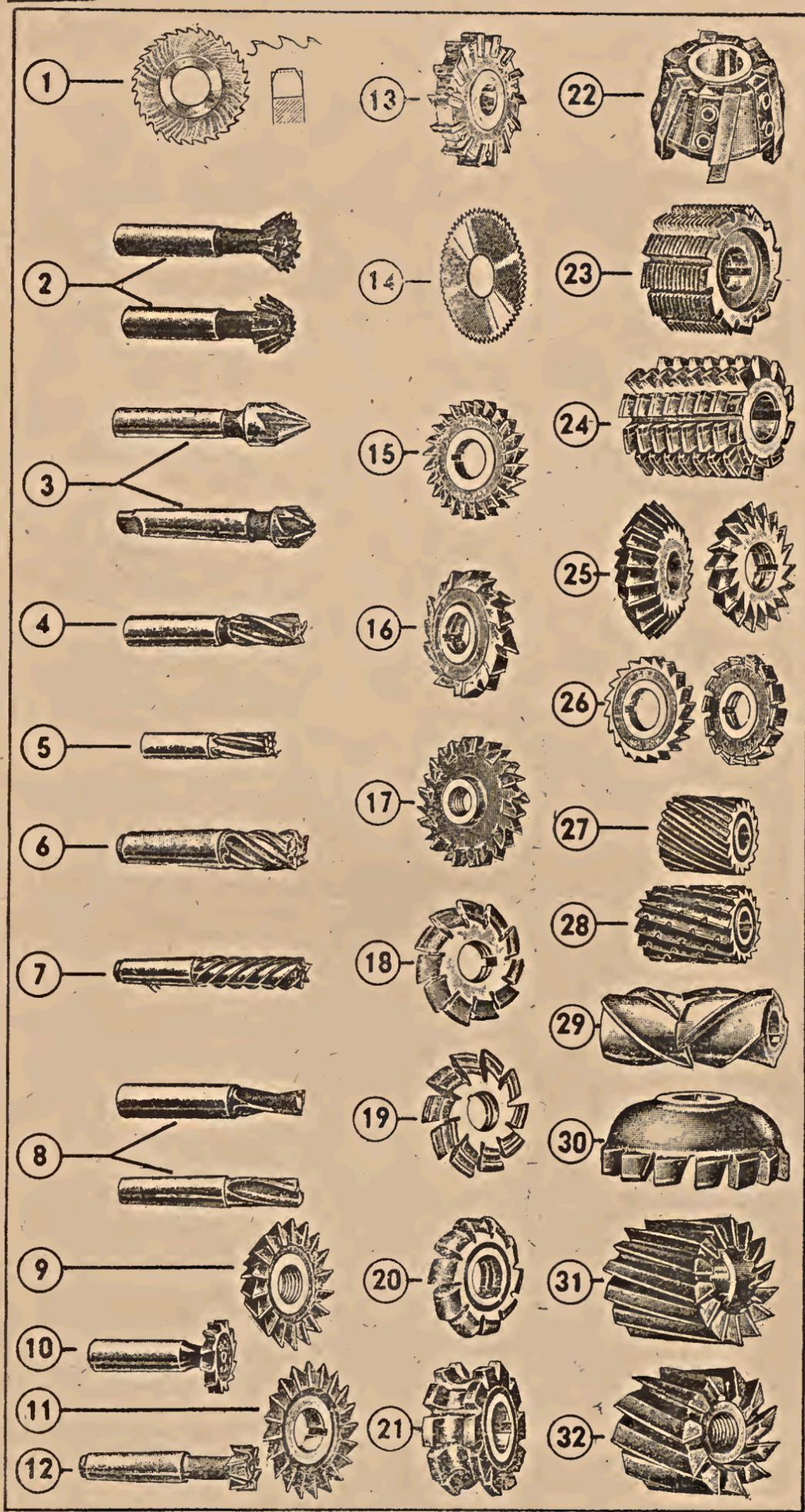
...He recibido hace días el SUPLEMENTO del mes de enero, que está magníficamente editado. Creo que sería de interés un aumento de cuatro páginas, ya que me parece demasiado reducido para alcanzar la altura que corresponde a su sano y elevado contenido. Y advierto, además, que es un gran acierto el introducir en esta publicación tal riqueza de fotografías y dibujos.

J. Louzara, Stenbrenville (Ohio).

...He leído el artículo « La tumba de Antonio Machado », de Luis Capdevila, publicado en el SUPLEMENTO LITERARIO del mes de enero, que acabó de recibir, y deseo expresarle mi adhesión a la idea de rendir homenaje al autor de « Campos de Castilla ». Creo que un homenaje sencillo y sincero, como el que propone el señor Capdevila, nos honraría a todos al honrar, 17 años después de su muerte, la memoria del gran español, poeta de nuestro pueblo.

Profesor G. B. Palacín, Florida.

NUESTRO DICCIONARIO TECNICO



FRESAS - FRAISES

- 1 Sierra circular dentado fresa
- 2 Fraise à trancher, grosse denture
- 3 Fresas de ángulo de uno y dos cortes
- 4 Fraises coniques, une et deux tailles
- 5 Fresas cónicas para avellanar
- 6 Fraises coniques à chanfreiner
- 7 Fresa frontal, dos cortes, cuatro dientes, mango cilíndrico
- 8 Fraise deux tailles, quatre dents, queue cylindrique
- 9 Fresa de dos cortes, dentado corriente
- 10 Fraise deux tailles, denture ordinaire
- 11 Fresa de dos cortes, mango como Morse
- 12 Fraise deux tailles, cône Morse
- 13 Fresa de mango cónico, extralarga, de dos cortes
- 14 Fraise deux tailles, queue cône Morse, extra-longue
- 15 Fresas de dos dientes, para agujeros rasgados
- 16 Fraises à rainurer, deux dents, clavetages plats
- 17 Fresa cónica frontal, agujero roscado
- 18 Fraise conique deux tailles, trou taraudé
- 19 Fresa para chaveteros, sistema Woodruff
- 20 Fraise pour clavettes-disques, système Woodruff
- 21 Fresa cónica de dos cortes
- 22 Fraise conique deux tailles
- 23 Fresa con mango para ranuras T
- 24 Fraise pour rainure à T

- 13 Fresa de cuchillas superpuestas
- 14 Fraise à lames rapportées
- 15 Sierra circular, dentado fino o normal
- 16 Fraise scie, à petite denture
- 17 Fresa de tres cortes, dentado corriente
- 18 Fraise trois tailles, à denture droite
- 19 Fresa de disco con dientes cruzados
- 20 Fraise trois tailles, à double denture alternée
- 21 Fresa de tres cortes, dentado corriente, agujero roscado
- 22 Fraise trois tailles, à denture ordinaire, à moyeu fileté
- 23 Fresa de disco para tallar engranajes
- 24 Fraise à tallier les engrenages
- 25 Fresa para desbastar engranajes
- 26 Fraise à ébaucher les engrenages
- 27 Fresa convexa, perfil semicircular
- 28 Fraise à rayon convexe
- 29 Fresa cóncava, perfil semicircular
- 30 Fraise à rayon concave

- 22 Fresa de herramientas superpuestas o insertadas
- 23 Fraise à barreaux rapportés
- 24 Fresa de roscar
- 25 Fraise à fileter
- 26 Fresa madre, o de husillo, de dentado rectificad para engranajes
- 27 Fraise vis-mère, pour taillage d'engrenages, profil rectifié
- 28 Fresa bicónica, o isóceles
- 29 Fraise bi-conique, ou isocèles
- 30 Fresa de un corte y perfil constante, para ranurar
- 31 Fraise à une taille, à profil constant
- 32 Fresa cilíndrica para planear, con dentado helicoidal
- 1 Fraise à surfaçer, à denture hélicoïdale
- 2 Fresa cilíndrica para planear, con rompeviruta (de un corte)
- 3 Fraise à surfaçer, à denture interrompue (une taille)
- 4 Fresas de planear, enlazadas
- 5 Fraises à surfaçer, accouplées
- 6 Fresa campana
- 7 Fraise cloche
- 8 Fresa cilíndrica de dos cortes, agujero liso
- 9 Fraise cylindrique à deux tailles, alésage lisse
- 10 Fresa cilíndrica de dos cortes, agujero roscado
- 11 Fraise cylindrique à deux tailles, trou taraudé



LIBROS RECIBIDOS

● « Indios » (ensayo y cuentos), de Ferrándiz Alborz, editado en Montevideo. Un volumen de más de 200 páginas, bien presentado y de amena lectura.

Su primera parte, « Ruta indígena », comprende : A la busca del hombre. — Idéntica tragedia en hombres diferentes. — Macabra estadística. — Una misión tralicionada. — La realidad de ayer. — Hispanismo y Catolicismo. — Colonización hispánica. — Recreación simbólica. — Nuevos hombres, nueva literatura. — Martín Fierro. — « Don Segundo Sombra ». — Nueva literatura hispanoamericana. — Influencia literaria estadounidense. — Panorama de la literatura ecuatoriana. — Nueva generación. — La novela del Ex-hombre. — Recuerdos. — Las palabras al servicio del estilo y el estilo al servicio del hombre.

La segunda parte contiene los siguientes cuentos : Ecce Homo. — Tierra. — Hila, hila, deshila. — La deuda. — La bocina. — La confesión. — La súplica. — Derrumbe. — Mononga. — Hermanos. — La contra. — Runa. — La Guaca.

● Petite Histoire de l'idée européenne, por Bernard Voyenne. Segunda edición. París. Un volumen de más de 200 páginas, documento subdividido en cuatro etapas, que abarcan : La Europa ecuménica, la cosmopolita, la de las nacionalidades y la que está en marcha.

LOTE DEL MES

OCASION EXCEPCIONAL

Sodoma y Gomorra, de Marcel Proust, 365 páginas (formato 23 X 16).

Los Placeres y los Días, de Marcel Proust, 264 páginas (formato 23 X 16).

La Prisionera, de Marcel Proust, 361 páginas (formato 23 X 16).

El Tizón de la Virgen, de Leo Perutz, 231 páginas (formato 20 X 14).

Mientras dan las Nueve, de Leo Perutz, 275 páginas (formato 20 X 14).

La Edad del Trueno, de Frederic Prokosch, 318 páginas (formato 20 X 16).

PRECIO : 2.500 francos, envío comprendido
Pedidos a la Biblioteca de SOLI, 24, rue Ste-Marthe, PARIS



JONDURAS y FLAMENQUERIAS

TODAVIA la Academia (edición XVI) no hacía diferencia entre cante hondo y cante flamenco, puesto que, en el artículo « cante », daba como tercera acepción: « Hondo o flamenco. El andaluz agitanado. »; Qué lamentable mezcla de conceptos! En la misma edición, que es la de la guerra (año 39), se halla este artículo: « Flamenco, del germánico flaning, natural de la región de Flandes; 2.º Dicese de lo andaluz que tiende a hacerse agitanado. » Quiere esto decir que ya la Academia tenía, en la época, barruntos de lo que es el flamenco, bien que cometiera la falta de mezclar pimientos con tomates, quiero decir de confundir flamenco y hondo.

Ignoro, por no tener a mano la edición posterior, si ya la Academia ha puesto las cosas en su punto en esto de distinguir el sentido de esas dos palabras. En realidad, el flamenco es una derivación del cante hondo, una derivación gitana; más aún, es la destrucción alegre, inconsciente y acelerada de nuestro cante, por las intrusiones de la gitanería ramplona. Digamos de pasada que, como la Academia gustó poco, hasta ahora, de asomarse a la calle y al campo para saber lo que se habla en ellos, su gran texto normativo, el Diccionario, fué siempre de una famosa pobreza en lo referente al arte popular andaluz.

Pero, ¿cómo extrañarnos de esta confusión académica, si la misma confusión se encuentra nada menos que en el Diccionario técnico de la música, de Pedrell? El músico y musicólogo catalán describía así los cantos flamencos: « Canciones cantadas y bailadas por los andaluces y los gitanos... » Y; si al menos el maestro se hubiera quedado ahí! Pero lo malo es que en el mismo artículo aludía a la posibilidad de que dichos cantos hubieran sido importados por flamencos procedentes de Flandes, a menos que procedieran de África y hubieran sido adoptados por verdaderos flamencos... de los Países Bajos. (!!!) Después de esto, ¿cómo criticáramos a la Academia?

Por el momento, no sabemos en qué época precisa surgió la modalidad flamenca del cante tradicional andaluz, ni cuándo recibió este nombre de « flamenco ». La ignorancia sobre la cosa es tan grande que el *Vocabulario andaluz*, de Antonio Venceslada, mucho más reciente que las obras citadas, no da ninguna información esencial sobre ella; y lo propio ocurre con el Diccionario ideológico de Casares.

A primeros de siglo, los profesionales del cante, baile y toque de guitarra andaluces hacían una distinción neta entre flamenco y « jondo », si bien el hondo era para ellos, sobre todo, el cante por soleares. Luego, Falla (que fué el primero que trató el tema con seriedad) intentó separar el hondo del flamenco, puesto que, por la fuerza de la realidad histórica, fué del segundo, y no el primero, del que tuvo que partir para su estudio. Después, otros han seguido haciendo indagaciones. Hoy, los más entendidos aceptan que la saeta, la seguidilla, el polo, el martinete, la soleá y quizá la playera, pertenecen al cante grande, al « jondo », al antiguo; mientras que pertenecen al flamenco las sevillanas, las rondallas, los diferentes fandangos, las bulerías, el bolero, las granadinas, livianas, javeras, malagueñas, serranas, la zambra, las tarantas, el garrotín, la farruca, el tango, la media granadina, los tientos, las tonás, las romeras... y qué sé yo cuántos aires más. De éstos, muchos ya no se cantan; y otros han sido transformados. En cuanto a aquéllos, a los del hondo, apenas si son practicados por la flamenca de hoy, la formada por esos niños que aparecen en escena vestidos de señorito y que se intitulan artistas de folklore — ¡que mala muerte le dé Dios a esta palabrota!

Por mi parte, creo que la manera flamenca del cante andaluz debió iniciarse en el siglo XVIII o tal vez antes, si bien la expresión que iba a dar cali-

PROVOCACION SEUISTA

En la acera donde fué herido el joven falangista Miguel Alvarez se ha marcado el sitio con varios brochazos negros, que representan una cruz, un « Arriba España » y el emblema de la Falange. Contra dos árboles próximos se han fijado dos carteles que dicen: « ¿Hasta cuándo? Hasta que nos hartemos. Que será pronto. »; Desde luego!

ficación al género no apareció sino mucho más tarde, según mi cuenta, en la segunda mitad del siglo pasado. ¿Cómo no la hubiera mencionado Estébanez Calderón? Y lo que me hace creer que la manera flamenca del cante arranca de bastante lejos es el considerar que una transformación tan vasta como la sufrida por un canto popular tan rico en aires como el nuestro, no se produce en unas docenas de años. Añadiré aún que ciertos aires que consideramos indiscutiblemente del género flamenco, como bolero y fandango, son bastante antiguos. Incluso en América, la palabra fandango aparece bien prodigada a lo largo de sus literaturas nacientes, es decir en la época de la liberación y aún en la de la colonia.

En cuanto a saber el porqué de haber dado ese nombre a la derivación gitana del canto andaluz, eso es harina de otro costal. Por el momento, nadie lo sabe; como tampoco se sabe cuándo empezó a emplearse la voz de « jondo », expresión que, a lo que creo, surgió paralelamente a la voz « flamen-

co », como para denominar la modalidad del canto que seguía practicándose a la manera tradicional, antigua. De modo general, los aires aflamencados son más alegres y burlescos y bullangueros que los del arte tradicional, razón por la que quizá se aludió a lo hondo, en contraposición a lo flamenco.

El ave llamada flamenco es conocida de siempre en Andalucía; y desde luego mereció su articulito en el Covarrubias. Allí, en Andalucía, surgió probablemente la idea de comparar a los mocitos pintureros y de andar garboso con el ave de referencia. Y como, en cuestión de pinturerías y garbo al marchar, los gitanos dan ciento y raya a todo el mundo, es seguro que el calificativo les fué otorgado a ellos con más prodigalidad. Luego, acaso ellos mismos, los gitanos, o quizá los andaluces históricos dieron en llamar flamenco a la modalidad de canto practicada por los gitanos, tan sandungueros y tan flamenqueros... Y de ahí vendría el nombre que lleva hoy el cante andaluz, el cual ya no tiene nada de hondo, y, a veces, ¡siquiera de flamenco, puesto que lo llaman folklore.

Se me ocurre pensar también que quizá la manera de vestirse los gitanos, en cuyos vestidos aparece prodigado el color rojo, pudo dar origen a la comparación. Covarrubias definía así el pájaro flamenco: « Cierta especie de ave que se cría cerca de las lagunas y que se le el pecho y los encuentros de las alas colorados, y por ser encendidos y lámeos se llaman flamencos... »



Goya: El ciego de la guitarra.

La leyenda de los sumeroaccadios

• Viene de la página 11. •

da civilización que marcara su carácter propio sobre la ibera? Ningún rastro aparece de tal supuesto. Las citas anteriores comprueban que los sumeros proceden del tipo braquicéfalo armenioide — y lo refrenda la estatuaría correspondiente a ese pueblo —, luego, ¿cómo compaginarlo con el tipo ibérico? En realidad, los sumeroaccadios nada tienen que ver con los iberos, ni siquiera — a no ser de manera lejana, por transmisión indirecta con el elemento cretense — en la elaboración de su cultura.

Si, como se señala, existiera una influencia posterior de pueblos venidos de Asia en la evolución del arte ibérico, ésta se hubiese manifestado cambiando de manera notable la estructura y el estilo. Mas, lejos de ello, se comprueba una fiel continuidad evolutiva, que camina hacia la síntesis de la forma, señalada en la búsqueda gráfica de signos para transcribir las inflexiones del lenguaje, y no, de ninguna manera, la variación radical de formas aisladas entre sí. Los iberos de esa época no consiguen hallar exactamente en la esquematización pictural los signos fijos de su lenguaje, acaso — como L. Zambotti señala —, porque su potencial creador en ese aspecto es insuficiente, lo cual viene aún a respaldar la tesis de la génesis independiente de los iberos, sin contar influencias exteriores,

especialmente la de los sumeroaccadios, toda vez que éstos poseen un lenguaje escrito y los iberos prehistóricos no.

Cabe argüir todavía que hubo otra Iberia al extremo norte del Asia anterior, enclavada entre el Ponto, o Mar Negro, y el inmenso lago salado llamado mar Caspio, por donde se ha señalado también que los primeros pobladores de la *superínsula* proceden del Cáucaso. Jubainville, tras un escarceo concienzudo en la lingüística y en la historia antigua, expresó la falta de similitud y de concomitancia entre las dos Iberias, la oriental y la occidental. Sin embargo, se puede decir que no hay coincidencia venida del azar: los escritores griegos de la antigüedad llamaron Iberia al actual territorio de Georgia, y la cosa se explica por la irradiación de la civilización ibérica del paleolítico superior... « No es casualidad — escribe, en substancia, L. Zambotti — que el antiguo nombre de Georgia haya sido Iberia, ni tampoco que el Ponto quede unido a Iberia, a Sicilia y al África menor por el tipo de la cerámica impresa (particularidad de la cerámica ibérica) de bastoncitos en forma de huso ». Ello pone de manifiesto que la influencia de una Iberia sobre la otra es inversa a como en la vaga historia que nos enseñaron se explicó.

En efecto; la extensión de la cultura ibérica prehistórica hasta el Mar Negro y, por ahí, a las estepas siberianas, no

El segundo aniversario de la aparición del «Suplemento»

El viernes, 17 de febrero, unos cuantos compañeros, colaboradores y amigos del SUPLEMENTO LITERARIO celebraron, con una cena íntima, el segundo aniversario de su publicación.

Hallábase en el cordial ágape: Pepe Valls, Bracero, Mariano Aguayo, Virgilio Botella y señora, Miguel Sesmero, Tarrasó, Martínez Guerricabettia, Francisco Plo, Antonio García, Julio Just, J. Chicharro de León, Volga Marcos, Rebull, Bayard, Maldonado, Fernando Valera y señora, Lolita Fernández, Antonio Téllez, Molinos, José Dueso, David González y compañera, José Pallach, José Belmont y compañera, Amadeo Bernadó, Ariño, Pedro Bonet, Jiménez, Juan Andrade y compañera, Lastra, F. Gómez Peláez y el doctor Boix.

De sobremesa, después de unas palabras pronunciadas por nuestro compañero Gómez, y a las cuales respondieron los amigos Just y Andrade, haciendo ambos el más caluroso elogio de la obra emprendida por el SUPLEMENTO LITERARIO, se suscitó un breve e interesante cambio de opiniones acerca de los acontecimientos que vienen produciéndose en España. Intervinieron al respecto Francisco Plo, Antonio García, Fernando Valera, Antonio Téllez y Andrade, los cuales coincidieron, si no en la interpretación de esos acontecimientos, en la necesidad de prestar atención a su desarrollo y en la esperanza de que, con el apoyo de la emigración, señalarán nuevas y halagüeñas perspectivas para la causa de la libertad.

Los amigos del SUPLEMENTO separáronse, en fin, complacidos del ambiente fraternal que presidió su improvisada reunión.

PUIG Y FERRETER

El día 2 de febrero dejó de existir el ilustre escritor y dramaturgo catalán Puig y Ferrer, cuya producción literaria, ya vasta de por sí, se ha visto aumentada en el destierro por la publicación de su obra « Janet vol ser un heroi », que consta de 12 volúmenes.

Su obra dramática, lo mismo que en la novela, es varia y acabada. Destacan entre sus libros — que fueron muy elogiados — « El gran Alex » y « La Dama Enamorada », de la que el mismo personaje « El larg de Camins », de « Camins de Franya », reaparece en su última y voluminosa obra.

Fabán MORO.

El misterio de la radiación atómica



Al hablar de la radiación cósmica tenemos que reconocer que los físicos han dado una y mil vueltas para encontrar una explicación razonable a estos rayos misteriosos que atraviesan el espacio en todas direcciones y que, a pesar de las numerosas y proliferas experiencias e investigaciones de que han sido objeto, permanecen aún como una de las incógnitas más intrigantes que nos vienen de los insondables espacios interestelares que envuelven a nuestro diminuto planeta.

Nuestra inquietud y nuestro desasosiego por estas nuevas y misteriosas radiaciones que suscitan la más intensa curiosidad científica, tanto por la enormidad de las energías que transportan como por sus aplicaciones a la física del núcleo, se ven acrecentados momento a momento por la importancia que están adquiriendo en el estudio no sólo de los fenómenos atómicos, sino también en el campo de la biología y la genética, en donde su acción se vuelve cada día más sorprendente por la serie de incógnitas que el examen de sus efectos va planteando a los biólogos y genetistas.

Por tales razones, el estudio de la radiación cósmica ocupa actualmente un lugar prominente en el campo de la investigación científica, siendo numerosos los investigadores que en todas latitudes de nuestro globo están dedicados por entero a la recopilación de datos y experiencias que sirvan para hacer luz en el extraordinario misterio de los rayos que nos llegan de las abismales profundidades del espacio cósmico.

En principio, y al hablar de esta extraña radiación, es conveniente recordar que los cuerpos celestes, aunque muy alejados los unos de los otros en el vacío, están, no obstante, en relación entre sí. No solamente ocupan posiciones respectivas y previsibles en el espacio, por el efecto de las fuerzas de gravitación, sino que intercambian entre sí un gran número de radiaciones. Los espacios interestelares están surcados por estos rayos, de los cuales los más indispensables y familiares nos vienen de la estrella más próxima, el Sol.

Estas radiaciones estelares no están limitadas a los brillantes colores que impresionan nuestros objetos, ni a las radiaciones ultravioletas e infrarrojas que el espesor de nuestra atmósfera deja que se filtren hasta nosotros. Existen rayos cuyo poder de penetración es infinitamente más considerable, y además podemos afirmar que el espacio está inundado por fragmentos atómicos, corpúsculos animados de velocidades enormes, que parecen provenir de todas las direcciones del universo.

Así, pues, nuestro globo se encuentra de hecho bombardeado, noche y día, por radiaciones cósmicas en un número tal vez mayor que el de las radiaciones luminosas visibles venidas del conjunto de las estrellas. Y, a pesar de este continuo bombardeo, ha sido menester el llegar hasta nuestra época para que el hombre se diera cuenta de su presencia, pues que, en efecto, su alto poder de penetración es lo que las hace imperceptibles, salvo para aparatos extremadamente delicados, de concepción y fabricación reciente. Y además porque, a pesar de su fuerte penetración, el espesor mismo de la atmósfera terrestre las

modifica apreciablemente. Así se sabe, por ejemplo, que la presencia del aire, y especialmente del ozono, en las capas atmosféricas más elevadas, nos libera — por así decirlo, pues sus efectos serían desastrosos para los organismos vivos — de la porción extrema, la más actínica, de la radiación ultravioleta solar. Efecto análogo es el que la capa de aire atmosférico ejerce sobre las radiaciones cósmicas. Pero aquí no solamente hay filtración de una parte del espectro, como en el caso de la luz ultravioleta, sino que la radiación cósmica posee, además, a causa de su extrema energía, una acción importante sobre los núcleos de los átomos del aire, pudiendo provocar la explosión de múltiples corpúsculos cargados de aquél.

Esta acción se produce en cuanto los rayos cósmicos procedentes de los espacios interestelares llegan a los confines de nuestra atmósfera y va aumentando con la densidad del aire que atraviesa. Finalmente, en la superficie del globo, al nivel del mar, llega a nosotros una radiación cósmica fuertemente modificada, acompañada de una cascada de rayos secundarios, de corpúsculos y trozos de átomos de penetraciones muy diversas.

De aquí el interés científico considerable de los sondeos cósmicos en la parte alta de la atmósfera y de los experimentos en altitudes diversas, por medio de globos o de aeroplanos, en las regiones que tenemos probabilidades de encontrar una radiación cósmica más pura y menos adulterada por sus efectos secundarios sobre la materia. Estos sondeos cósmicos han recibido en los últimos años un notable impulso, pues el empleo de globos y aeroplanos ha sido suplido con ventaja por los proyectiles cohete que han alcanzado alturas insospechadas y que están rebasando cada vez más los límites de nuestra atmósfera, proporcionándonos un caudal de datos y conocimientos valiosísimos para el estudio de estas misteriosas radiaciones.

Haciendo un poco de historia, podemos decir que el estudio de esta radiación data del año 1912, en que el profesor V. F. Hess la descubrió en una ascensión en globo, durante la cual realizó una serie de mediciones a diferentes altitudes, demostrando que la rapidez en la descarga del electroscopio aumenta con la altura. Es verdad que ya antes de 1910 se sabía que un electroscopio perfectamente aislado, conectado o no con una cámara de ionización, y rodeado de pantallas metálicas espesas, se descargaba lentamente con el tiempo; pero no fué hasta 1912, año en que conocimos los resultados de las investigaciones del profesor Hess, cuando se pensó en atribuir ese efecto a una radiación desconocida procedente de al-



La dama azul, acuarela de Matilde Bonaparte, reproducida en « L'Œil ».

guna lejana región del espacio cósmico. Hasta esa fecha se había creído que la descarga del electroscopio era debida a la acción de radiaciones penetrantes del tipo de los rayos gamma, procedentes de las substancias radioactivas que existen siempre en la corteza terrestre; pero esta hipótesis tuvo que ser desechada al comprobarse que a medida que nos alejamos de la tierra, hacia las regiones más altas de la atmósfera, la rapidez en la descarga era cada vez mayor, debiendo suceder, de acuerdo con esta hipótesis, todo lo contrario.

Mediciones posteriores, realizadas por Kolhörster (1814), R. A. Millikan y Bo-

wen (1918), que enviaron, por vez primera, a la estratosfera instrumentos autorregistradores (electroscopio, barómetro y termómetro) fijados a un tren de dos globos-sonda llenos de hidrógeno y montados en tandem, corroboraron los resultados de las investigaciones anteriores, y de este conjunto de sondeos se pudo concluir que el agente ionizador que descargaba el electroscopio era una radiación ultrapenetrante que nacía fuera de la atmósfera y a la que se dio, por este motivo, el nombre de radiación cósmica. Además, estas medidas de ionización espontánea no sólo fueron hechas a diversas alturas, sino que tanto Millikan, que sumergió el electroscopio a diversas profundidades en lagos y océanos, como Kolhörster, que estudió la absorción de los rayos cósmicos por el hielo en la profundidad de las brechas de los heleros alpinos, llegaron a la conclusión de que la radiación cósmica procedente del exterior tenía un poder de penetración dieciocho veces mayor, por lo menos, que la de los rayos gamma más duros que se conocen, puesto que es posible encontrarlas en las profundidades antes señaladas.

Aquí es prudente recordar que el poder absorbente de la totalidad de la atmósfera para radiaciones procedentes del

● Pasa a la sexta página ●

SOLIDARIDAD

Redacción y Administración, 24, rue St-Marthe, PARIS (X)

Suplemento literario

Tel. : Redacción, BOT. 22-02 ; Talleres, PRO. 73-16

OBRERA